

Plaza de Cisneros

“¡Es pura tierra! ¡La lavo, la lavo y nada, es comida pisada, comida mugrienta de chiquero comida sucia comida inmunda que sabe a tierra hedionda, a Guayaquil! Es pura porquería del Pedrero, de esta plaza que cada día es más vieja, más sucia, arruinada... De esta plaza que encierra la muerte en cada rincón, en cada hueco... Como yo, a punto de partir en el último tren, pero rezagada todavía. De esta Plaza de Cisneros que está a punto de desaparecer... Cada año la tumban un poquito, la incendian por sectores, le abren huecos para alcantarillados que ahí se quedan sin alcantarillas, la dejan llena de montañas de escombros y que se acumule la basura para que la abandonen, para que se vayan sin tener que pelear mucho con los dueños porque por ahí pasará la gran avenida San Juan con puentes inmensos en varios desniveles...”

Óscar Castro García. "Sola en esta nube". *Una ciudad partida por un río: Cuentos en Medellín*. 2007.



1892



Carlos Coriolano Amador ganó una licitación pública para construir una plaza de mercado cubierta en los terrenos cenagosos del barrio Guayaquil. El diseño y construcción de la obra fueron encargados al arquitecto francés Charles Carré. Dicha construcción hacía parte de un proyecto urbanizador que, junto con la futura construcción de la estación del ferrocarril, buscaba convertir aquella zona en uno de los terrenos más apetecidos de la ciudad.

1893

Charles Carré comenzó a construir los edificios Vásquez y Carré. En el primero funcionó el Café Árabe, uno de los lugares favoritos de los viajeros, que desayunaban allí antes de embarcarse en el ferrocarril. En el Carré estaba la Farmacia Molina, adonde llegaban los brujos y yerberos del sector a aprovisionarse de lo necesario para sus brebajes.

1894



Se inauguró la plaza de mercado de Guayaquil. En aquellos primeros tiempos, las mujeres que vendían frutas en la plaza intercambiaban doce guayabas, seis naranjas o dos aguacates por tabacos, e iban acomodándolos en paqueticos de a seis que vendían luego a un cuartillo cada uno.

Madre de locomotoras

POR REINALDO SPITALETTA

Obertura con bombillos y el Burro de Oro

Ese “como limbo de la monotonía” que describió Carrasquilla para referirse a la Villa de La Candelaria de buena parte del siglo XIX, con comerciantes y oro, un mercado al aire libre en la plaza mayor, camanduleros y gentes que se acostaban con las gallinas, callejuelas que olían a orines y a mierda, porque no había letrinas y el mundo era muy cortito, despertó de su sueño tranquilo para convertirse, por una invocación de ricos y pioneros, en una activa aldea con aspiraciones de ciudad.

De los berridos de “¡agua va!” con que los moradores advertían antes de arrojar excrementos y otras inmundicias a la calle, se pasó a un paisaje de promesas que se fue transformando poco a poco. A finales del último decenio del siglo XIX, la parroquial villa de Medellín comenzó a iluminar sus noches no solo con la luz temblorosa de las estrellas, sino también con la muy novedosa de las bombillas eléctricas, cuando en ciudades europeas y norteamericanas aún se alumbraban con lámparas de gas, petróleo y aceite. La aldeíta apacible, con aires bucólicos, iniciaba su despacioso y seguro despertar de chimeneas fabriles que modificarían la vida cotidiana de principios del siglo XX, al tiempo que, muy febriles, los comerciantes y prestamistas, los usureros y dueños de tejidos de lana, todos de misa de seis de la mañana e inalterables pagadores de diezmos, se repartían en la plaza de Berrío. Demostraban entonces, con su innato talento para conseguir plata y hacer novenarios, combinado con sus habilidades para la cacharrería y los rezos en público, que trabajar y orar (por qué no, pecar) iban de la mano. Y así, como sin darse cuenta, el villorrio se colmaba de chismes de atrio y olores de almacén.

El 7 de julio de 1898, ocho focos de mil 200 bujías iluminaron el Parque

Berrío, al son de voladores y campanas, con bandas musicales, aguardiente y fiesta. Fue por esas calendas cuando ‘Marañas’, que era el bobo más famoso de entonces, desbocó su talento de hombre de pueblo y exclamó: “te jodiste, Luna... Ahora sí, a alumbrar a los pueblos”. ¿Pero por qué nueve años antes había llegado a Medellín el arquitecto francés Charles Carré, contratado por el obispo para construir la Catedral Metropolitana en terrenos donados por el ingeniero inglés Tyrrel Moore? ¿Por qué el próspero Carlos Coriolano Amador, que ya era dueño de las minas de El Zancudo y de las cenagosas tierras de Guayaquil, también lo contrató para que le construyera un palacete y un mercado cubierto?

Ya Rafael Flórez le había ganado de mano a Amador en 1891, cuando construyó la primera plaza cubierta de la villa para ofrecer una alternativa a los antihigiénicos toldos del Parque Berrío. Pero a un tipo como aquel rico de ancestros italianos y cartageneros, llamado ‘El Amo del Oro’, y luego ‘El Burro de Oro’ por alguna razón de bajo vientre, no se le desplazaba con facilidad. Él, que había llevado presentes de oro a los reyes de España, vio una oportunidad única para valorizar sus tierras y, a la vez, convertirse en una suerte de filántropo ciudadano, sobre todo, de gran negociante.

En 1892, el Concejo autorizó a los representantes del millonario para construir un mercado cubierto en el sector que ya se conocía como Guayaquil, y el francés comenzó a diseñar la que sería la plaza de mercado más grande de Medellín. Cuatrocientos peones aportaron su “fuerza de trabajo” en la construcción de una edificación jamás vista en la parroquia, con ladrillos, armazones de comino, 31 puertas de hierro, tres estatuas de bronce traídas desde Francia, servicios sanitarios con pedales, agua corriente, asientos para paseantes y damas, galerías con los nombres



Francisco Javier Cisneros, obra de Marco Tobón Mejía.



Plaza de Cisneros. S. f.

de los productos, además de entradas para mulas y caballos. Una revolución arquitectónica que estuvo lista el 23 de junio de 1894, con una capacidad, según su diseñador y constructor, para quince mil personas con los brazos abiertos. Si empleáramos un anacronismo, era el centro comercial más descrestador y electrificante de ese pueblito de mantillas y sombreros.

Y entonces, el sector, que antes eran terrenos lacustres y malsanos llenos de zancudos y malezas, se transmutó en un barrio con calles nuevas, aires distintos, curiosos de todas partes, cargues y descargues, a los que se sumaron iniciativas comerciales de otros ricos, propietarios de fincas cafeteras, mineros, que construyeron casonas alrededor de donde, años después, se levantaría la estación del ferrocarril. En las carreras Carabobo, la Alhambra, Cundinamarca y Cúcuta florecieron sastrerías y otros locales de artesanos. Muy cerca de la imponente plaza, los más pobres se arrimaron y construyeron casas de bareque y paja. La felicidad de los potentados no sería completa, pues luego arribarían peregrinos e inmigrantes de todas las condiciones sociales que convertirían la plaza y sus alrededores no solo en un puerto

seco, sino también en una sede de todos los oficios, incluidos los nada santos.

Con el advenimiento del nuevo siglo la villa tomaría otro aspecto. Las ideas de progreso ya eran suyas, y el aire puritano quedó atrás con el surgimiento de fábricas textiles, trilladoras, cervecerías, fosforeras, cigarrerías, y, sobre todo, con la irrupción de la clase obrera. Los humos y sonidos de las recientes factorías convocaban, como las sirenas de Ulises, a los moradores del campo, que se urbanizaron sin abandonar del todo sus aromas de musgos y maizales. Y llegaron los primeros carros, los trenes, los tranvías, y con todo aquel estropicio de máquinas y mercancías se acabó el silencio conventual.

Ya no solo había lugar para la monotonía. Ya había poetas y otros artistas que además de hacer bulla en el Café El Globo, lejos de Guayaquil, en una esquina del Parque Berrío, escribían poemas perturbadores y reflexionaban sobre los valores bursátiles y el tamaño de las panzas de los ricos. Tras el humo de las locomotoras y sus pitos arribaron nuevos negociantes y curas, trabajadores y putas, malandrines y embaucadores, estafadores y almacenistas. La romántica década del veinte,

1900

En torno a la plaza de mercado se fueron aglomerando vendedores de productos agrícolas, intermediarios y grandes compradores. Las ciénagas fueron secadas, y sobre ellas se construyeron depósitos para los granos y edificios para todo tipo de locales comerciales. En esquinas y aceras se instalaron vendedores de baratijas, dulces, cigarrillos, refrescos y todo lo que pudiera venderse.

1907



Comenzó, sobre la calle San Juan, la construcción del edificio de la Estación Medellín del Ferrocarril de Antioquia, a cargo del ingeniero Enrique Olarte. La segunda etapa se construiría sobre la carrera Carabobo en 1927, y también Olarte se encargaría de ella. En la década de los treinta, Juan de Dios Higuera construiría el ala sur de la estación.

1914



El 10 de marzo, tres días después de la llegada del primer tren desde Barbosa, se inauguró la Estación Medellín. A la ceremonia asistieron el Presidente de la República, General Ramón González Valencia, y el Ministro de Obras Públicas, quienes hicieron el trayecto completo de la sección Porce con el resto de los invitados.

1917

Se empezó a ejecutar el proyecto de la Plaza de Cisneros, que conectaba la estación, el mercado, los edificios Carré y Vásquez y las construcciones comerciales que aparecerían después. La plaza se convertiría además en el lugar de las grandes manifestaciones políticas en la ciudad.

1919

Comenzó la construcción del Pasaje Comercial Sucre, que culminaría un año más tarde. En este sitio se establecieron los locales de venta de abarrotes al por mayor.

1921



Se levantó en el costado occidental de la Plaza de Cisneros el Edificio Tobón Uribe, construido por la firma H. M. Rodríguez por encargo de Pablo Tobón Uribe para establecer allí la Farmacia Pasteur.

1923

El 30 de noviembre, en plena Plaza de Cisneros, Manuel Salvador Acosta, más conocido como 'Salvita', se elevó en un globo aerostático mientras hacía piruetas en el aire. El celebrado acontecimiento terminó trágicamente cuando el globo colapsó y cayó sobre el tejado de la Estación Medellín; el legendario aeronauta murió al instante.

1924

Fue inaugurado, en el centro de la plaza, el monumento al ingeniero cubano Francisco Javier Cisneros, gestor del Ferrocarril de Antioquia. La escultura fue obra de Marco Tobón Mejía. Por aquellos años

que en otras geografías era nombrada como la de los años felices y locos, se manifestó en Medellín con alcohol y lujuria, con cafetines y tertulíaderos. Alrededor de la plaza de mercado de Guayaquil, que después tomaría el nombre de Plaza de Cisneros, en honor al ingeniero cubano que trazó y diseñó el Ferrocarril de Antioquia en una suerte de epopeya criolla, florecieron bares donde se hacían transacciones millonarias y surgieron los aviatos que inventaron el "paquete chileno" para engañar incautos, pobres y ricos.

Eran los días en que en una ciudad conservadora como Medellín los pelados pasaban, con una misteriosa precocidad y sin transiciones notorias, del biberón a la copa de aguardiente, de las canicas y los trompos al azar de los naipes, de la escuela confesional a las casas de citas, y de las caricias maternas a las "sobaditas" de las meretrices; de tal suerte que entre ambientes de letras de cambio y transacciones comerciales, de plaza de mercado y talabarterías, aquel pueblo pacato que ya jamás se "acostaría con las gallinas" dedicaba parte del tiempo a la bohemia de cantina, el baile y los rubros secretos de la piel.

Entretanto, Guayaquil, que en esencia debió su transformación urbanística y cultural a la creación de la plaza de mercado, se erigió como una zona variopinta. Recalaron en aquel excéntrico puerto seco gentecitas múltiples, venidas de todos los confines de Antioquia y el país. Era un universo de alucinación, una mixtura de papas y tomates con prenderías y ventas de baratijas. Un coro, quizá desafinado, de numerosas voces: mercaderes, vagos, ladrones, cuchilleros, guapos, prestamistas, vendedoras de arepas y morcillas. Hasta la década del setenta la estación y el mercado, con su olor a fritangas y a dinero sudado, fueron el alma de la ciudad industrial y comercial.

Las actividades económicas fundamentales se trasladaron de la antigua plaza mayor a los alrededores de Guayaquil. Peleterías, bancos, hoteles, cantinas, cacharrerías, además de terminales de camiones de escalera, carretillos, coterros, emboladores, estudios fotográficos y pensiones se ubicaron alrededor de la Plaza de Cisneros, que desde 1923 ya tenía un vigía: la estatua esculpida por Marco Tobón Mejía en homenaje al ingeniero cubano. Allí confluyeron las ventas de discos, fonógrafos, jabones de Europa, agua florida de Murray,



➤ SUP. Mercado de carnes del mercado cubierto de Guayaquil. 1910.
➤ MED. Vendedores de escobas del mercado cubierto de Guayaquil. S. f.
➤ INF. Plaza de Cisneros. 1916.



➤ SUP. IZQ. Calle Alhambra. 1920.
➤ SUP. DER. Calle San Juan. 1930.
➤ INF. Tranvía a América y estación del ferrocarril. 1923.

así como farmacias, el Confortativo Salomón, puestos de revistas y almacenes de instrumentos musicales... La idea concebida y concretada por Amador fue la célula que reprodujo un mundo de intercambios no solo monetarios, sino también en el vestido, el lenguaje, el transporte y la vida cotidiana. Guayaquil se volvió "una

ciudad dentro de otra", como la calificó el cronista Alberto Upegui Benítez, y había momentos en que muchos de sus almacenes y cantinas jamás cerraban.

Para los años veinte Medellín tenía seis fábricas de tejidos, cinco de cigarrillos y cigarrillos, tres de fósforos (las primeras, fundadas por los hermanos Olano), quince tejares, once trilladoras de café, ocho productoras de velas y jabones, dos cervecerías y seis fábricas de chocolates. Era un ambiente productivo frenético que permitía



funcionó cerca de la plaza un comedero llamado La Sancochería; uno de sus salones estaba reservado exclusivamente para don Tomás Carrasquilla, único comensal que nunca pagó un peso allí.

1930

En esta década la Plaza de Cisneros se convirtió en la terminal de los primeros buses urbanos, unos carros largos, sin puertas y con capacidad para veinte pasajeros llamados "camiones de escalera", aunque su aspecto nada tenía que ver con las chivas, y mucho menos con los "buses cerrados" que aparecerían entre los años cuarenta y cincuenta.

1954



Una multitudinaria manifestación tuvo lugar en la Plaza de Cisneros con motivo de la visita del dictador Gustavo Rojas Pinilla; tanto la plaza como las calles aledañas se colmaron con los seguidores del mandatario.

1958

Comenzaron a instalarse los primeros puestos de ventas ambulantes en una de las calles aledañas a la plaza de mercado. Dicha calle era conocida popularmente como "El Pedrero", pues tenía piedras clavadas con el fin de evitar que los

vendedores se apoderaran del lugar. Durante muchos años la Administración Municipal adoptaría diferentes medidas de fuerza para desalojar a los venteros, pero ellos crearían asociaciones y sindicatos para permanecer en el sector.

1961

El Ferrocarril de Antioquia fue vendido a la nación y pasó a ser parte de Ferrocarriles Nacionales de Colombia. Cuatro años después la Estación Medellín quedaría inhabilitada y entraría en un periodo de abandono de dos décadas. En 1986 la Fundación Ferrocarril de Antioquia daría inicio a las obras de restauración del edificio.

1963

Con la ampliación de la calle San Juan y la carrera Bolívar se desarticuló Guayaquil y el sector quedó dividido. La calle San Juan se llevó por delante la tradicional Plaza de Cisneros, y con ella el hermoso Edificio Tobón Uribe.

1968



Un terrible incendio destruyó buena parte de la plaza de mercado. Testigos del hecho dijeron que el fuego había sido producido por hisopos con gasolina lanzados por las ventanas; esto, sumado al hecho de que los bomberos no hubieran llegado a tiempo a pesar de estar muy cerca del lugar, reforzó la idea de que había sido un acto criminal. Después del incidente el gobierno municipal abandonó la plaza por completo y los venteros que habían perdido todo fueron a parar a El Pedrero.

a mucha gente tener capacidad adquisitiva y abarrotar la plaza.

Mezcla milagrosa

Las plazas de mercado, aparte de su condición de lugar para la venta de carnes, verduras, cereales y todo lo que hace parte de su esencia comercial, son un centro de intercambios verbales y no verbales, de culturas diversas y expresiones populares. Son una fuente para el conocimiento de idiosincrasias y costumbres. La de Guayaquil, además, tenía un encanto particular: la diversidad de gentes, los rituales familiares, las habilidades de los vendedores, las gracias ahorrativas de las señoras que para todo pedían rebaja. En ella se podía hablar con el otro, detenerse a “cachar” sobre la situación de la ciudad o de la economía, tomar la temperatura de lo que estaba pasando, del chisme y del costo de la vida.

La plaza de mercado, con vecinos como el Pasaje Sucre, la Calle de los Tambores, las zonas calientes como Orocué y La Guaira, el centro de mecánicos y vendedores de autopartes en Barrio Triste, La Calesita donde los ladrones de banco y otros asaltantes se reunían a planear sus pillajes, en fin, tenía encanto. Y mucho sabor. Y la posibilidad de hacer lecturas mundanas acerca de la comida y sus costos. Para algunos era una aventura de los sentidos entrar en esa geografía múltiple y multitudinaria.

Una plaza como la de Guayaquil, corazón de un sector que gozó de simpatías y rechazos, fue la medida y rasero de esa mezcla milagrosa de sabiondos, pícaros, rateros, compradores cándidos y vendedores capaces de hacer pasar una yuca vieja por recién desenterrada. Le dio carácter a la ciudad, pues propició el encuentro de campesinos con obreros, de banqueros con cacharreros, en una reunión como de zocos árabes con bazares persas. Fluían



▸ Plaza de Cisneros. 1985.

las historias y las consejas, se podían encontrar desde cubreros hasta publicistas empíricos que ofrecían para la venta un pedacito de cielo. Fantasía y realidad eran posibles en aquel espacio, diseñado por un francés y financiado por un rico que hacía los más extraordinarios bailes de gala de Medellín, con fama de seductor de vírgenes y proclive a todas las aventuras de catre.

Y de pronto, aquel invento ciudadano se quedó pequeño ante la avalancha de ofertas, la informalidad y otras miserias, el rebusque de los olvidados de la fortuna. Pasó de ser un símbolo del progreso y la modernidad, a una expresión del desorden provocado por el desbarajuste social. Sus afueras se transformaron en una sucursal de ventorrillos, toldos, carretas con pescados y legumbres y vagabundos, algunos de los cuales entonaban la canción del linyera: “linyera soy, recorro el mundo

y no sé a dónde voy...”. El Pedrero, como lo bautizó la voz popular, apareció entre pantanos y polvaredas, quizá evocando lo que era el sector antes de urbanizarse. Entre olores a podredumbre y desesperanza, Cisneros quedó en estado de sitio y la plaza perdió cartel. La santanización de lo que se calificaba como una geografía turbulenta, decadente, llena de “indeseables”, caló en la ciudad, cuyo centro histórico se “guayaquilizaba”, según las expresiones de planeadores y analistas urbanos.

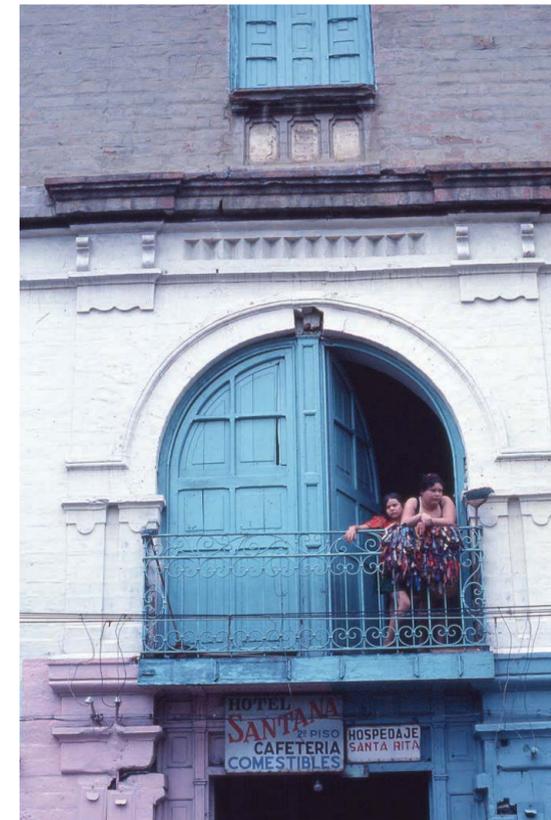
El sueño de oro de Amador se tornaba en latonería. Y llegaron incendios y presiones. Guayaquil, que había sido cuna de riquezas, de nuevas culturas, sobre todo de carácter popular, pasaba a ser “la puta del paseo”, la zona de fetideces y marginalidades, y a su agonía se sumaron, por ejemplo, el declive de los ferrocarriles y la crisis de la industria. Ya nadie se acordaba de los periplos de Tartarín Moreira, el poeta, el antiguo panida, a quien muy cerca de la plaza le habían robado su maleta, que fungió como detective muchos años en la zona; ni del accidente fatal de Salvita y su desinflado globo, ni de la Farmacia Pasteur o el Café El árabe, y apenas había memoria de los tugurios que pulularon en La Alpujarra y junto a la Estación Medellín.

La decadencia arrasó con aquellos perfumes de albahaca y yerbabuena, con los aromas de morcillas y carnes frescas, con el olor húmedo a tierra de capote y la vocinglería multifacética. La plaza se fue a pique, lo mismo que sus alrededores, y durante algún tiempo su centinela, Francisco Javier Cisneros, desapareció del espacio público, el mismo en el que hubo manifestaciones populares, discursos ventijuleros y demostraciones de habilidad infinita de carteristas y vendedores de mejunjes.

Ya no hubo más trenes ni tranvías, y se exiliaron todas las músicas que allí sonaban en pianolas Seeburg y Wurlitzer, tangos y pasillos ecuatorianos, valsos y bambucos, sonos antillanos y canciones campesinas, se exiliaron. Y la plaza de mercado no existió más. Ni siquiera quedaron sus fantasmas ni los asustados.

Epílogo con un perro negro

Con la voz de los fantasmas de entonces, que a veces se sentaban a una mesa de bar a mirar el frenesí de la plaza, puede contarse una historia final: la del café El Perro Negro, que estaba en los bajos del edificio Carré. Bar de turbulencias y cuchillos en la pretina, de rocola



▸ Guayaquil. S. f.

luminosa y putas desilusionadas, tenía seis puertas y veinticuatro mesas redondas. En alguna de sus sillas metálicas, rojas, se sentó un día (o una noche) el cantante Daniel Santos, al que los concurrentes bautizaron como ‘El Jefe’. También estuvo el argentino Óscar Larroca, que una noche de bohemia, ante la admiración de los presentes, cantó *Hacelo por la vieja*.

El bar, que en su primera licencia figuró como cantina, estaba en la esquina de la Alhambra con la Avenida Estrada, que apenas tenía cincuenta metros de longitud. Junto con la plaza de mercado, El Perro Negro fue una especie de lugar emblemático, de guarachas y mambos, de porros y tangos, con una historia pendericera y pagana, al que a algunos les daba miedo entrar. No siempre fue un bar. Antes era una agencia de abarrotos propiedad de Luis María Restrepo, en la que los productos que más se vendían eran municiones, escopetas y revólveres. Su nombre estuvo conectado con

1971

Los vendedores de abarrotos de Guayaquil fueron trasladados a la central mayorista construida en el municipio de Itagüí. La nueva plaza de mercado disponía de tres bloques que albergaban 180 locales.

1973



La plaza de mercado de Guayaquil fue clausurada definitivamente, lo que aceleró el deterioro del sector. Ante el descuido de la autoridades municipales, lo poco que quedaba del mercado y sus alrededores fue tugurizados y convertido en una mezcla de basurero, parqueadero de camiones, lugar de ventas ambulantes y expendio de drogas.

1983



Comenzó la construcción del Centro Administrativo La Alpujarra, propuesta desde 1951 por el Plan Piloto de Wiener y Sert. El proyecto concluiría en 1987.

1984

Los venteros de El Pedrero fueron trasladados a la Plaza Minorista José María Villa, tras muchos enfrentamientos con la Administración Municipal por el proceso de adjudicación de los locales.

1992



Fue reinaugurada la Estación Medellín, restaurada por la Fundación Ferrocarril de Antioquia y entregada a la comunidad como centro cívico. El edificio sería declarado Monumento Nacional en 1996.

2000-2002

El Edificio Carré fue restaurado por la fundación Ferrocarril de Antioquia con la financiación de la Secretaría de Educación de Medellín, cuyas oficinas hoy se encuentran allí. Fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.

2002

Como parte de un proyecto para renovar el Centro, el Municipio de Medellín abrió una convocatoria para recuperar la Plaza de Cisneros; el diseño ganador fue el del arquitecto Juan Manuel Peláez y el artista Luis Fernando Peláez. La obra se construyó en el lote de la antigua plaza de mercado y sería inaugurada en 2005; se llamaría Plaza de la Luz, pero por recomendación de la Academia de Historia conservó el nombre de la desaparecida Plaza de Cisneros. El nuevo diseño de la plaza incluyó la construcción de 300 torres de 24 metros de altura y la instalación de dos mil 100 reflectores y 170 lámparas de piso.



› Sector de Guayaquil. S. f.

el misterio. Luis María, un paisa templado habitante de Tenche, solía tomarse sus tragos en la agencia. Comenzaba a las tres de la tarde, y en tertulia con clientes y amigos lo sorprendía el ocaso. Entonces cerraba y se iba a su casa en bicicleta.

Una vez, cuando pasaba cerca de lo que hoy es la calle 30 y del antiguo matadero de Medellín, sintió los ladridos de un perro que lo perseguía. Era un can negro, de ojos brillosos. Ladraba sin pausa y con ferocidad. “¿Qué querrá este perro hijueputa?”, se decía el hombre, sin bajarse de la cicla. De pronto, el perro se atravesó en su camino. Luis María se llevó la mano derecha al bolsillo de atrás, sacó el revólver, pero no alcanzó a disparar. El animal saltó a una quebrada y corrió en dirección al cerro Nutibara.

Cuando llegó a su casa le contó el percance a su mujer, Teresa Londoño. “Mijo –dijo ella–, yo creo que ese perro era el mismo diablo. Debe ser que están matando mucha gente con las armas que vos vendés en la

agencia”. Don Luis amaneció entusiasmado y bautizó su negocio como El Perro Negro. Ah, y siguió vendiendo armas y municiones a su clientela de cazadores durante mucho tiempo.

La explosiva agencia funcionó hasta el 28 de junio de 1956, cuando Luis María, calvo y ojiazul, decidió convertirla en una cantina porque, según él, era más rentable. Entonces Guayaquil tuvo un bar más, al que llegaban obreros, ladrones, guapos, trabajadores de la plaza y gentes del bajo mundo. Se decía que los que allí entraban “debían tener bien templada el alma y muy bien amarrados los pantalones”, según le contó a este cronista hace años un hijo del cantinero que después administró el legendario bar.

Allí iban a beber tipos como Arturo ‘El Pote’ Zapata, guapo de las décadas del cincuenta y sesenta y habilidoso cuchillero. También entraban otros más atravesados y buscableitos, y se protagonizaban trifulcas memorables a puñal y botellazos. Muchos quedaron



› Sector de Guayaquil, antigua estación del ferrocarril. S. f.

tendidos en el piso para siempre. A ese cafetín, hasta el cual llegaba el rumor del mercado, y que tenía una iconografía de cantantes cubanos, argentinos y puertorriqueños, también entraban mujeres bravas como la feroz ‘Lola Puñales’, temeraria y temida prostituta del sector que apuñaló a más de un amante de ocasión.

El establecimiento tenía un cielorraso de cuadritos negriblancos, como un ajedrez fantástico, y sus baldosas eran amarillas y rojas. Su techo, de madera barnizada, imitaba a un vagón de ferrocarril. Con el tiempo, y a la par de la crisis de la plaza, sus paredes quedaron desnudas, sin los retratos de Daniel Santos, Bienvenido Granda, Alberto Echagüe y Carlos Gardel.

Fue el bar de Guayaquil que más cerveza vendió en los tiempos de esplendor de la zona. Mercaderes de la Plaza de Cisneros aguardaban con ansia el término de la jornada para darse una pasadita por allí y escuchar la Sonora Matancera y el Trío Matamoros, y

otros querían meterse en las historias de algún tango sentimental.

Luis María Restrepo, que llegó a vender bolas de cristal, cabuya, porcelana neoyorquina, además de pertrecho y armas, cambió el arsenal por aguardiente y cerveza. Dos generaciones más de Restrepo continuaron con El Perro Negro y su bohemia agitada, pero el bar se vino a menos después de la desaparición de la Plaza de Cisneros y en los ochenta entró en estado de coma irreversible. Ni siquiera los parroquianos tristes y antiguos comerciantes que iban a buscar recuerdos en el sector pudieron salvarlo. Y nadie más se acordó de la noche en que un cantante porteño entonó con voz gruesa: “hacelo por la vieja, si no lo hacés por mí”. La muerte de la histórica plaza mató también a El Perro Negro y, de paso, se llevó otras construcciones del sector. Y tal vez por esos contornos el mundo fue de nuevo un melancólico limbo de la monotonía.

■

2003

La alcaldía de Luis Pérez demolió el Pasaje Sucre, lo que generó una acalorada polémica, pues el edificio había sido declarado Bien de Interés Cultural en 1991. Para poder demoler el pasaje, en diciembre de 2002 la Alcaldía había expedido un decreto que ordenó excluir al edificio del inventario de bienes de interés cultural, pasando por encima del Plan de Ordenamiento Territorial, del Centro Filial del Consejo de Monumentos Nacionales de Antioquia y de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura.

2005



El 2 de junio fue inaugurada la Biblioteca Temática Empresas Públicas de Medellín, construida en el lote donde antes estaba el Pasaje Sucre con una inversión de 19 mil millones de pesos. En sus comienzos puso a disposición del público general un total de quince mil libros.

2006

Fue reinaugurado el Edificio Vásquez después de ser dado en comodato a la caja de compensación Comfama, entidad encargada de las obras de restauración. También fue declarado Bien de Interés Cultural de Carácter Nacional.



Plaza pública

Por ÁLVARO VÉLEZ



› Visita de Gustavo Rojas Pinilla a Medellín. 1953.

En Ciudad de México, ante la Conferencia Panamericana de 1901, el delegado de Colombia Rafael Reyes pronunció estas palabras: “en tiempos pasados fue la Cruz o el Corán, la espada o el libro, los que hicieron las conquistas de la civilización; actualmente es la poderosa locomotora, volando sobre el brillante riel, respirando como un volcán, la que despierta los pueblos al progreso, al bienestar y a la libertad [...] y a los que sean refractarios al progreso los aplasta bajo sus ruedas”. Años después (1905–1909), Reyes se convertiría en presidente de Colombia e impulsaría el primer intento de modernización del país, que tuvo como característica particular el desarrollo de la red ferroviaria.

En algunos lugares esa red de ferrocarriles ya estaba en construcción, así que Reyes más bien propició su avance. Tal fue el caso del Ferrocarril de Antioquia, cuya construcción se inició a mediados de la década de 1870; en 1914 los rieles habían logrado llegar, por fin, a la capital del departamento. La estación del ferrocarril en Medellín se ubicó en una zona pantanosa que años antes había empezado a transformarse, a partir de la inauguración de la plaza de mercado de Guayaquil (23 junio de 1894). También había allí un significativo complejo de edificios de comercio y hospedaje, como los ahora restaurados Vásquez y Carré (construidos entre 1872 y 1906), que, junto con la plaza, fueron obra del arquitecto francés Charles Carré, bajo el auspicio de Carlos Coroliano Amador. Tras la construcción de la estación, dicho complejo tomó el nombre de Plaza de Cisneros, en homenaje al ingeniero y constructor del Ferrocarril de Antioquia.

La Plaza de Cisneros se convirtió en punto de referencia del comercio de Medellín, y en escenario ideal para las manifestaciones sociales y

políticas de la joven ciudad. Fue a comienzos del periodo de la República Liberal (1930-1946) cuando la plaza cobró importancia como espacio de concentraciones políticas. Antes de 1930 las manifestaciones eran escasas y poco significativas, en comparación con lo que vendría luego. La respuesta se encuentra en el talante del período político inmediatamente anterior.

Para 1930 el Partido Liberal había estado casi cincuenta años fuera del poder. Desde la segunda mitad de la década de 1880 habían gobernado los conservadores, primero durante el período de la Regeneración (1884-1905) y luego durante la Hegemonía Conservadora (1910-1930),

con el intermedio de la dictadura de Rafael Reyes, que, después de todo, tenía también una inclinación azul. A finales de la década de 1920 la Hegemonía Conservadora estaba desgastada por el largo período de gobierno y por hechos particulares como la Masacre de las Bananeras (1928), que desprestigió enormemente al gobierno e hizo que en las elecciones de 1930 el Partido Conservador sucumbiera ante los liberales.

La propuesta del Partido Liberal fue un soplo de aire fresco para el país, y el ta-

lante mismo de sus dirigentes despertó una nueva cercanía con las masas populares, aunque los guiños mutuos venían de décadas anteriores, como cuenta Jorge Orlando Melo:

Por supuesto, el liberalismo, que ya muestra una vocación populista subrayada por Rafael Uribe Uribe desde comienzos de siglo (cuando recibe en 1904 un homenaje en Medellín lo agradece “a mis amigos obreros y artesanos”), cuenta con la adhesión masiva



› Llegada de Enrique Olaya Herrera a Medellín. 1930.

de negros y mulatos. Para muchos conservadores, para las señoras con ínfulas raciales y aristocráticas, el liberalismo es el partido de los negros, y hasta los ha traído del Cauca para poder pelear sus guerras civiles, como en 1876. La copla popular lo subraya:

*Un negro conservador
es música que no suena,
es como un parche en el culo
cuando el dolor es de muela.*

La primera concentración importante en la Plaza de Cisneros se dio con la visita del candidato a la presidencia Enrique Olaya Herrera, que venía de iniciar su campaña con algunas concentraciones en Cartagena, Barranquilla, Puerto Berrío (donde inscribe su candidatura) y Bucaramanga. Arribó a Medellín en el Ferrocarril de Antioquia, acompañado de algunos dirigentes liberales, y el 22 de enero de 1930 habló frente a una multitud en la Plaza de Cisneros.



▸ Visita del presidente Alberto Lleras Camargo a Medellín. 1962.

No hay un estimado de cuántas personas asistieron aquel miércoles de enero, pero Eduardo Santos la calificó como “monstruosa manifestación”, y, más significativo aún, es el documento gráfico de Jorge Obando, donde se aprecia, en una imagen panorámica, la multitud que llena todos los rincones de la Plaza de Cisneros. La imagen incluso muestra algunos asistentes trepados en los muros de la estación del ferrocarril y en los techos de las edificaciones vecinas al Vásquez y al Carré. La fotografía, tomada desde una esquina de la estación, no alcanza a retener la multitud, que se pierde en el horizonte. Una apreciación similar fue publicada en *El Heraldo de Antioquia*, en su edición del 23 de enero, que en su primera página exhibió un vistoso subtítulo: “A través de su historia nuestra ciudad no había presenciado un movimiento más entusiasta y grandioso que éste”.

También en el periódico *El Colombiano* hay referencia a la euforia de muchas gentes de Medellín por la visita de Olaya Herrera:

En el momento en que escribimos, ceñidas turbas gritan por la calle vivas a Enrique Olaya Herrera. No nos conturba. No nos ha conturbado un momento, que a un adversario político se le grite que viva desde escenarios callejeros. Tenemos un solemne afán de dar a cada uno lo que es suyo. Olaya Herrera merece un vasto homenaje de admiración. La democracia lo ha rendido ya, y ella no se equivoca en su contra.

La Plaza de Cisneros no era la única que albergaba manifestaciones y mítines políticos. Jorge Orlando Melo describe la ruta proselitista:

Los manifestantes hacen un recorrido que los lleva, por ejemplo, del Parque de Bolívar a la Plazuela Uribe Uribe y de allí a la Plaza de Cisneros, desde donde siguen a la Gobernación o a La Veracruz. En cada parada, dos o tres oradores tratan de estimular a los oyentes.

El Parque Berrío también era un sitio importante para este tipo de concentraciones, pero la Plaza de Cisneros era el lugar ideal para ellas, sobre todo si eran muy concurridas, pues ofrecía varias cualidades que permitían una mejor logística del evento: su área, más amplia que la de otros parques y plazas de la ciudad; su ubicación en el punto de llegada del ferrocarril, siempre propicia para la movilización de gentes de las afueras o de otros municipios del departamento; su condición de terminal de transporte intermunicipal y, sobre todo, de lugar de encuentro comercial, de hospedaje y de ocio de muchas gentes de Medellín.



Otra manifestación política significativa fue la protagonizada por Jorge Eliecer Gaitán el 22 de agosto de 1947. El periódico *La Defensa* abrió su edición del día siguiente con un titular rotundo: “50.000 liberales gaitanistas”. Sin embargo, la manifestación parece haber alcanzado tintes vandálicos, pues se culpa a los asistentes de apedrear el edificio de la estación del ferrocarril y de otras mañas:

Una nota ridícula dieron ayer los manifestantes gaitanistas al colocar un par de banderas rojas en las manos de la estatua del doctor Francisco Javier Cisneros en la plaza del mismo nombre de esta ciudad. Como se ve, el gaitanismo pretende enrolar en sus huestes a los muertos ilustres... Por algo será.

Denuncias similares recogió *El Colombiano*. Y a pesar de que durante ese día rigió la ley seca, *La Defensa* denunció el incumplimiento de la prohibición de ingesta de licor publicando una carta dirigida al Directorio Liberal de Antioquia. La nota llevaba el título de “Gaitanismo químicamente puro”:

En este sencillo mensaje, un gaitanista atropellado por la “ley seca” que impuso ayer el gobierno, pide refuerzos al doctor Rubén Uribe Arcila para poder escuchar al doctor Gaitán con un liberalismo a cuarenta grados sobre cero, que era el que carbonizaba ayer tarde la Plaza de Cisneros.

A pesar de los desmanes, el discurso de Jorge Eliecer Gaitán fue conciliador, y *El Colombiano* registró su sorpresa frente a este hecho, pues los conservadores esperaban una oratoria agitadora por parte del líder liberal.

El amplio recibimiento a Gaitán no coincidió con los resultados electorales de 1946, en los que los liberales apoyaron a su contendiente Gabriel Turbay, que con un talante más moderado sedujo a dirigentes y simpatizantes del partido en Medellín. Meses después los edificios que enmarcaban la Plaza de Cisneros sufrieron saqueos y desórdenes el 9 de abril de 1948, aunque nada comparable con lo sucedido en Bogotá. Así lo registró *El Colombiano*:

Desde el palacio nacional hasta la plaza de Cisneros, los grupos de bandoleros y pillos hicieron de las suyas, no hay una sola vitrina intacta. Todas rotas y saqueadas. El espectáculo de la carrera Carabobo es impresionante, parece como si hubiera sido bombardeada.



Una fotografía de Gabriel Carvajal Pérez muestra un tercer momento de las manifestaciones políticas en Cisneros. Se trata de la visita del dictador Gustavo Rojas Pinilla, el 15 de agosto de 1953. La imagen muestra de frente el costado occidental de la plaza; en la estación del ferrocarril se ubica la comitiva presidencial acompañada por un cinturón de efectivos del ejército y, a diferencia de los otros dos momentos, se aprecian pancartas, banderas de Colombia y banderines con la imagen de Rojas Pinilla.

Se trataba de otro momento político. Hacía poco más de dos meses que Gustavo Rojas Pinilla se había tomado el poder a costa del presidente electo Laureano Gómez. Gozaba de mucha aceptación entre



▸ Sup. Llegada del Dr. Echandía a Medellín. 1949.
▸ Inf. Visita de Gustavo Rojas Pinilla a Medellín. 1953.

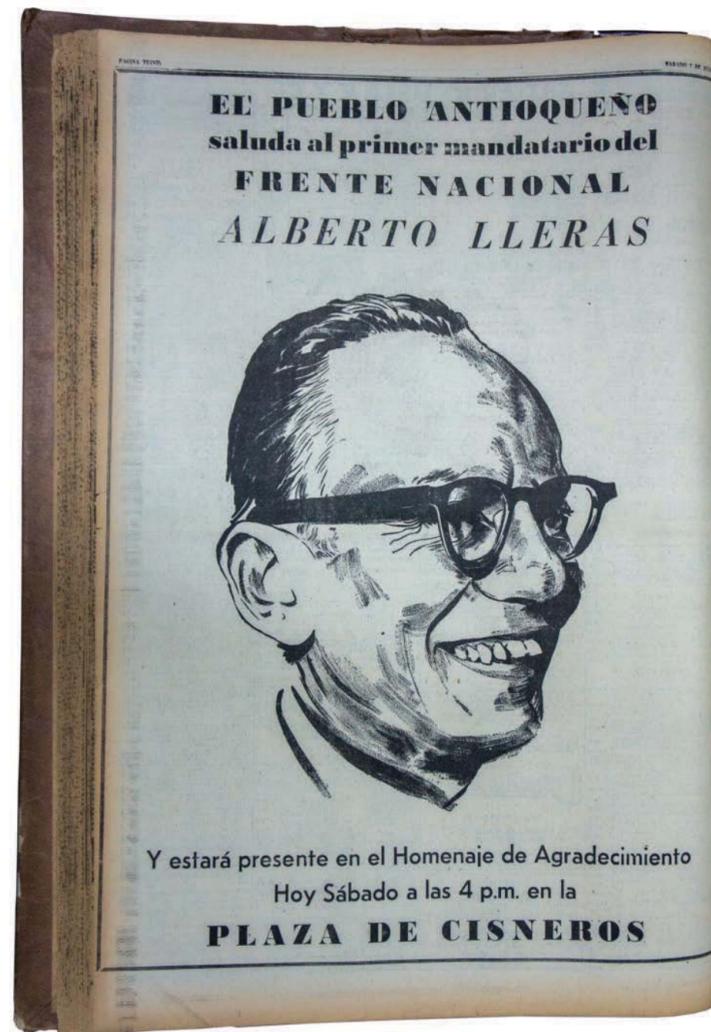
diversos sectores de la sociedad colombiana, pues encarnaba el fin del conflicto armado entre liberales y conservadores y no representaba abiertamente a ninguno de los dos bandos. Además, se mostró como “el pacificador” de la nación, y su golpe de Estado tuvo la complacencia de algunos dirigentes nacionales, tanto del Partido Liberal como del Conservador.

Días antes de su visita a Medellín, el periódico *El Colombiano* reservó amplios espacios en sus páginas para lo que sería un acontecimiento político de primer nivel, y el 12 de agosto tituló, en primera página: “En la plaza de Cisneros será la gran recepción al señor presidente. Los detalles serán transmitidos por una cadena de emisoras”; el mismo tono del titular del 14 de agosto: “Todo listo para la gran recepción al presidente. El desfile por la ciudad será solemne e imponente”; y el día esperado llegó con otro titular entusiasta: “Con 21 cañonazos será recibido el presidente. Antioquia realizará la más grande movilización humana de su historia”. El 16 de agosto abrió su edición con una fotografía panorámica de Jorge Obando; el titular es la guirnalda de la foto: “La apoteosis de ayer al jefe de Estado. Verdaderos ríos humanos rodaron por las calles y coparon las plazas”. Curiosamente, la fotografía es muy similar a la que veintitrés años antes el mismo Obando tomó durante la visita de Enrique Olaya Herrera.

Tampoco en este caso se sabe a ciencia cierta cuánta gente se reunió en la Plaza de Cisneros en esa visita de Rojas Pinilla como presidente de la República, pero las fotografías publicadas por *El Colombiano* (en las páginas doce y catorce de la edición del 16 de agosto se publicó un reportaje gráfico de la visita) dan cuenta de la popularidad del dirigente en la capital antioqueña. Sin embargo, atendiendo a los cálculos, se puede decir que estos tres momentos guardan cierta similitud en cuanto a la cantidad de personas que se agolparon en la Plaza de Cisneros.

Antes y después de la visita de Rojas Pinilla hubo manifestaciones de otros dirigentes políticos con características similares. Pero con el paso del tiempo esas muestras de poder político irían disminuyendo, y las manifestaciones en calles, plazas y parques se trasladarían progresivamente a otros escenarios ya no tan multitudinarios. Quizá fue a partir de finales de los setenta que la plaza pública cedió ante los medios masivos de comunicación. El desgaste ideológico de los partidos políticos durante el Frente Nacional (1958-1974) y su remanente (1974-1990) fue otro factor para que disminuyera la movilización política en las calles. Si a eso le sumamos los factores de violencia, los atentados y los magnicidios de algunos dirigentes en las décadas del ochenta y noventa, es comprensible que los discursos políticos en plaza pública, ante decenas de miles de seguidores, ya no estén a la orden del día. Pasamos de la plaza al televisor, del televisor al computador y del computador al móvil.

■



› Aviso del diario *El Correo*, julio de 1962.



› Gracias a su cercanía con los fortines burocráticos, la Plaza de Cisneros sigue siendo escenario de manifestaciones y protestas, ahora algo menos fervorosas que en tiempos de los llamados caudillos.

El epicentro de todas las vueltas

Por FRANCISCO SALDARRIAGA



Apenas asoma el sol en las montañas del oriente y ya se escucha la turbina de los secadores de mano, y el spray esparce nubes de laca sobre los cabellos de estas mujeres. Son las seis y media de la mañana y ellas son las primeras clientas del salón de belleza María Auxiliadora, ubicado en el segundo piso del Pasaje Comercial Metrocentro. Son mujeres maduras, mayores de cincuenta años, vestidas con trajes de dos piezas y obligadas a la tarea de acicalarse cada día. La escena tiene la agitación de un camerino antes del espectáculo, pero es solo el preparativo diario para atender a una multitud de gente de ocho a doce y de dos a seis. Cuando ya se sienten por fin como un postrecito, salen con sus cabellos firmes y abombados, taconeando hacia ese complejo de edificios, construido entre 1983 y 1987, que se llama oficialmente Centro Administrativo José María Córdova, pero que todos conocen, sin saber por qué, como La Alpujarra, término árabe que significa centro de gobierno de una ciudad, y que la gente acuñó como moneda de cambio.

Cruzan Carabobo y pasan al lado de los verdaderos madrugadores, agolpados a las afueras de las oficinas de la Dian. Como si fueran aves migratorias, durante algunas épocas del año se puede contemplar a centenares de personas que forman una serpenteante fila; sus caras largas, sus piernas inquietas y su mirada recurrente detrás de las vidrieras delatan la estoica resignación de quienes están obligados a hacer diligencias. Porque a eso se viene a La Alpujarra, a armarse de paciencia para hacer vueltas. Muchos de ellos llegan allí en plena noche, a la espera de un turno para cumplir con los requisitos de las últimas reglamentaciones tributarias.

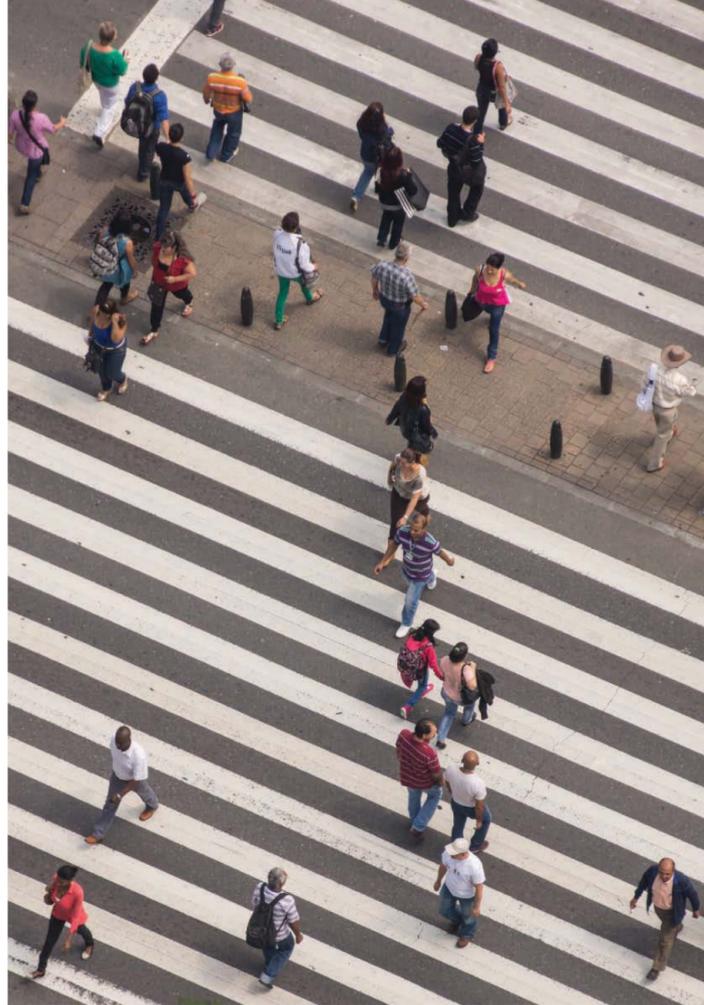
Al ser el epicentro de las decisiones que se toman en el sector público del departamento y de la ciudad, todo aquel que quiera buscar plata del aparato estatal, que tenga un proyecto para su comunidad, que quiera quejarse de un problema en su barrio o municipio, que tenga una deuda con la justicia, o que simplemente deba pagar sus impuestos, termina pasando por La Alpujarra. Su historia está trazada con manifestaciones, reuniones y filas incontables, y quizás son estas últimas las que mejor reflejan la forma como vivimos. Por un lado, la fila respeta el mérito del que más madruga, y la espera compartida integra a personas de diferentes condiciones sociales y estimula la solidaridad con viejos y discapacitados; pero, por otro lado, también revela que aquel que tiene con qué puede evitarse el desgaste de la espera, saltarse algunos molestos pasos y hasta comprar algo de tiempo, pues los más pudientes suelen darse el lujo de pagar a un “doble” para que los sustituya en los momentos más agobiantes de estos trámites.

Sonia, una mujer de unos cincuenta años con pinta de campesina, desde hace una década se levanta a las tres de la mañana a guardar un puesto por veinte mil pesos. Como la fila es su pan diario, ha aprendido a vencer el sueño con tinto y el cansancio con calistenia en una baldosa. Su semblante parece jovial, muy distinto al de la mayoría, que desarrolla una creciente ofuscación, al sentir, mientras avanza hacia la anhelada taquilla, que la fila es un castigo ineludible del purgatorio burocrático.

Nadie sabe más de estos sentimientos encontrados que Carlos, un decano de la tramitomanía. Comenzó de mozo cuidando carros y motos cuando ni siquiera había parqueaderos, y a comienzos de los años ochenta fue testigo de la transformación de aquellas mangas y bodegas del extinto ferrocarril en estos edificios donde hoy se rigen los destinos de los antioqueños. Es un moreno flaco y canoso que refleja el arquetipo del oficio. Si algún día se le hace una estatua a los tramitadores, deberá ser allí, frente a la Oficina de Instrumentos Públicos, bajo esos almendros, con la pinta de Carlos de cuerpo entero: enfundado en un desgastado saco azul oscuro que por lo grande parece prestado, con una camisa blanca y curtida, una correíta delgada de cuero que a duras penas sostiene sus pantalones de dril, y zapatos negros de cuero negro pelado, en una mano un cartapacio de plástico lleno de fotocopias de RUT y solicitudes dobladas, y en la otra, levantada hacia lo alto en señal de triunfo, un certificado catastral emitido por el Instituto Agustín Codazzi. De ñapa, también deberá tener a una Sonia detrás, cuidando un puesto y señalando hacia la Dian como esa pareja de colonos del cuadro *Horizontes* del señor Cano.

Mientras le llega este homenaje, a Carlos se le ponen los ojos vidriosos de nostalgia al recordar lo que él llama la época dorada de los tramitadores, hace veinte años, cuando era obligación cumplir con una serie kafkiana de vueltas, sortear laberintos burocráticos de sellos y autenticaciones, y enfrentar minotauros de ventanilla para completar un solo trámite. En aquellos “gloriosos días” Carlos se dio cuenta de los vericuetos del oficio, supo ganarse la confianza de algunas “amistades de adentro” a punta de mandados, aprendió los atajos para acortar el tiempo en la expedición de certificados y cambió el dulceabrigo por la carpeta de cartón.

La dinámica del edificio de los juzgados tal vez sea la que evidencie más claramente las dos caras de esta moneda. Lejanos están los días en que aquella construcción fue el puerto de Guayaquil, vital e inagotable, con los tranvías, la plaza de mercado El Pedrero, los lujosos hoteles en los edificios



Vásquez y Carré, los bares de bohemios y tahúres, y los trenes que cargaban y descargaban productos y mercancías procedentes de los puertos de la costa norte colombiana. De eso apenas quedan las fotos que venden en el Pasaje Carabobo, y una edificación restaurada donde funcionan cafeterías y entidades financieras. Y del vigoroso tren queda una vieja y pesada máquina negra, al lado de una placita con mesas de hierro y parasoles de color verde y blanco como la bandera de Antioquia.

Los “asuntos” por lo regular comienzan en la antigua estación del ferrocarril.

Allí es común ver a un par de litigantes bien trajeados entrenando a sus clientes en lo que deben y no deben decir para enfrentar las audiencias en las salas de los juzgados. Porque una vez adentro, la calma de aquella salita al aire libre se cambia por las filas apretadas, la congestión de los ascensores, la atmósfera de estrechos despachos saturados de folios y archivos, los teclados trepidantes, y ese ambiente protocolario característico de los procedimientos legales. Este es un edificio que, a menos que seas abogado, fiscal, juez, empleada del aseo o lustrabotas,

nadie quiere pisar por el simple gusto de conocerlo. No en vano, cuando le preguntas a la gente de la calle sobre esta edificación recuerda dos situaciones contradictorias.

La primera por lo regular es la tragedia de los condenados que prefirieron saltar al vacío y dejaron su recuerdo en las losas de granito cambiadas luego del impacto. A pesar de eso, el segundo referente resulta más pintoresco: las manifestaciones de los trabajadores de la rama judicial cada vez que salen a huelga para reclamar sus derechos laborales. No es tanto por lo que reclaman, sino por lo llamativas que resultan sus concentraciones a las afueras de aquel edificio. Son notorias sus arengas contra los mandatarios nacionales de turno, que parodian pegajosas cancioncillas populares; sus pasquines fotocopiados, que distribuyen entre los transeúntes en busca de apoyo a la causa sindical; y sus sancochos diarios en olla comunal, acompañados por enormes bafles que reproducen música protesta latinoamericana en las mañanas y cambian a canciones tropicales cuando llega la tarde, para mantener “el brazo en alto por la unidad y cohesión del movimiento, compañero”.

Sin embargo, diariamente, sin que muchos lo adviertan, ocurren dramas de mayor calibre a los pies de este edificio. Hacia las siete de la mañana la Avenida San Juan luce pletórica de buses de todas las procedencias que descargan a cientos de personas. A todos se les ve bajar con el pelo mojado y la cara aún hinchada por el sueño. Mientras unos se internan en los edificios entre voceadores de periódicos, o toman el primer tinto frente a puestos de revistas que se desdoblán como caracoles amarillos de metal, otros deben pararse a esperar una señal. Frente a San Juan, detrás de una valla ubicada en la rampa que conduce al sótano del edificio de los juzgados, diariamente se arremolina un grupo de mujeres que cargan bolsas plásticas, acompañadas de niños que pasan la mañana entretenidos con un poco de pan y unos cascos de mandarina. Ellas aguardan la llegada del bus del Inpec para entregarles a los guardias, que visten un camuflado azul pixelado, un atado de ropas y mensajes escritos en hojas de cuaderno, dirigidos a los sindicatos que esperan sentencia.

Aunque les reciben las encomiendas tres veces al día, en horas muy puntuales, y quienes permanecen en la celda de aquel sótano no pueden recibir visitas, ellas pasan el día entero atisbando la puertecita de aquel enorme garaje plateado, con la esperanza de ver al menos por unos segundos a su ser querido, antes de que el bus lo lleve al presidio. Es más que común ver a alguna de estas madres amamantando a hijos en brazos bajo la estatua de Francisco Cisneros, cuya leyenda agradece “la inteligencia y valeroso aporte del ingeniero cubano” a la gesta que dio inicio al Ferrocarril de Antioquia.



Cisneros también ha sido testigo de historias como la de Jenny, una niña de dieciséis años que en una hoja de cuaderno le escribe palabras de amor y aliento a su novio, detenido por robo, quien cometió aquel delito porque necesitaba plata para sacar a Jenny de la casa de su padre, donde la “mantenían azotada a golpes”. A muchas de estas mujeres no les queda más opción que depositar toda su fe en la pericia de esos “doctores” que la ley llama defensores de oficio.

La Alpujarra es tierra de “doctores y doctoras”. Allí se comprueba la anécdota popular que cuentan quienes llegan de municipios vecinos, donde la madre campesina le recomienda a su hijo: “si va a ir a hacer vueltas en La Alpujarra debe ponerse la dominguera, la de botones, y desempolvar el saco guardado, para que esos doctores lo atiendan bien, como a todo un doctor”.

Algunos le ven forma de panal, de radiador y hasta de la M de Medellín a los edificios donde funcionan la alcaldía y la gobernación. En los últimos pisos están los despachos de los altos cargos. En los pisos intermedios de la alcaldía se vive un mayor hormigueo de gentes que en los de la gobernación. Y en los primeros pisos se atiende a la gente. Por eso no es casual que los sitios de mayor afluencia de usuarios sean precisamente las afueras de estos edificios, por un lado en la oficina para sacar pasaportes de la gobernación, y por el otro en la oficina de recaudo de impuestos de la alcaldía; como quien dice, el mayor movimiento se da por aquellos que quieren salir del país y por los que se quedan y por eso deben pagar tributo.

Los empleados encargados de la atención al público pasan sus días detrás de taquillas y bajo estrictos horarios. Han asumido el semblante adusto y la sutil indiferencia propia del galeno de clínica pública. La mala fama los precede, pero en su defensa vale decir que su temperamento no es extraño, pues a diario atienden hordas de usuarios que exigen orientación, hacen preguntas o se quejan con sus facturas en la mano. Menos raro resulta que, sin importar las largas colas, detengan el servicio para hacer la pausa activa que por derecho les corresponde. Como si no hubiera decenas de personas al frente, se enfrascan en una burbuja invisible y se reencuentran con el ser humano que habita detrás del funcionario, para cumplir el infaltable ritual de sacar la torta, los globos y las serpentinatas, y cantar con entusiasmo el *happy birthday*. Comparten los comentarios del último paseo, planean uno nuevo, revisan las fotos de la última fiesta de integración, se burlan del compañero que dio papaya pasado de tragos, se ríen por encima de los cubículos como si el mundo alrededor hubiera desaparecido. Y cumplida la pausa, con ánimos

renovados, vuelven a transformarse en los mismos servidores públicos, aunque un poco más simpáticos.

Hacia el mediodía, cuando comienza la migración de los empleados que salen en busca de su almuerzo, en el santuario burocrático se siente plenamente la camaradería. Incluso quienes llevan su coca aprovechan para comer afuera y tomar aire. En los alrededores, que fueron bares, estrechas cantinas “con escasas seis mesas y quince muchachas”, almacenes de abarrotes y flotas, hoy hay parqueaderos, restaurantes y pasajes comerciales, con variados menús que van desde el tradicional ejecutivo y



el arroz chino hasta los platos *gourmet* para los paladares más exigentes. A diario grupos de empleados atraviesan San Juan, pasan por la Plaza de Cisneros y sus espadas de luz, miran de reojo la biblioteca de EPM y transitan al lado de los edificios Vásquez y Carré para terminar en las vitrinas de Carabobo. A pesar de las transformaciones, una parte de ese viejo Guayaquil, con su revuelto de ladrones, coteros, mercaderes y prostitutas, se niega a desaparecer y persiste en diminuto, reducido, casi al borde de la extinción, sitiado por los centros comerciales que siguen expandiendo el sector de El Hueco, con su oferta de bulevares de comida y almacenes donde funcionarios, patinadores y visitantes se encuentran.

En las tardes la agitación no cesa. Los tinterillos de Carabobo, sentados en sus viejos escritorios de madera con sus máquinas de escribir, en ese oficio heredado de quienes hace treinta años tecleaban lo mismo en el antiguo Palacio Nacional, esperan a sus clientes para teclear facturas y solicitudes. Aunque resulte asombroso, todavía hacen cartas de amor para uno que otro campesino analfabeta, y recuerdan con nostalgia los prósperos días en que no daban abasto con las declaraciones de renta. Los acompañan los



vendedores informales en sus puestos ambulantes, que exhiben una ecléctica oferta de actualizaciones de códigos legales, libros sobre programación neurolingüística, películas piratas y tutoriales para aprender a manejar programas de computador. Javier empuja desde hace diez años su carrito por este sector. Con un enorme baffle promociona mensajes de superación personal grabados por locutores de voces estentóreas. Su CD *best seller* es *La alegría del ser*, con temas como: "Proponte un ideal", "Sigue una meta", "La felicidad está en ti", y otros muy apetecidos como "Acabe con su mal genio y libérese del stress", que alterna con poesía de El Indio Duarte y canciones instrumentales y de relajación.

Mientras tanto, los turistas elevan la mirada hacia la imponente escultura de 38 metros de alto que corona la plaza principal de La Alpujarra. Ya es corriente ver a monos en bermudas y chanclas posando para las fotos frente al *Monumento a la Raza* de Rodrigo Arenas Betancur. Esta escultura de proporciones épicas y figuras en relieve destaca las gestas y personajes de la cultura antioqueña, desde los indígenas y los colonos, pasando por los mazamorreros del oro y los fierros forjados que marcaron el progreso de la ciudad, hasta las imágenes de dioses alados que emprenden vuelo hacia el infinito. Muchas veces el *tour* coincide con las romerías de gente venida de los pueblos con pasacalles y carteleras para protestar por una obra o rechazar ciertas políticas que afectan sus territorios.

La Alpujarra también conserva la memoria de los caídos: bajo dos árboles de bronce están los bustos del ex gobernador Guillermo Gaviria Correa y su asesor Gilberto Echeverri, quienes fueron apresados en una marcha por la paz y asesinados en cautiverio por la guerrilla. Y aún se recuerda el asesinato, todavía impune, del gobernador Antonio Roldán Betancur, víctima de

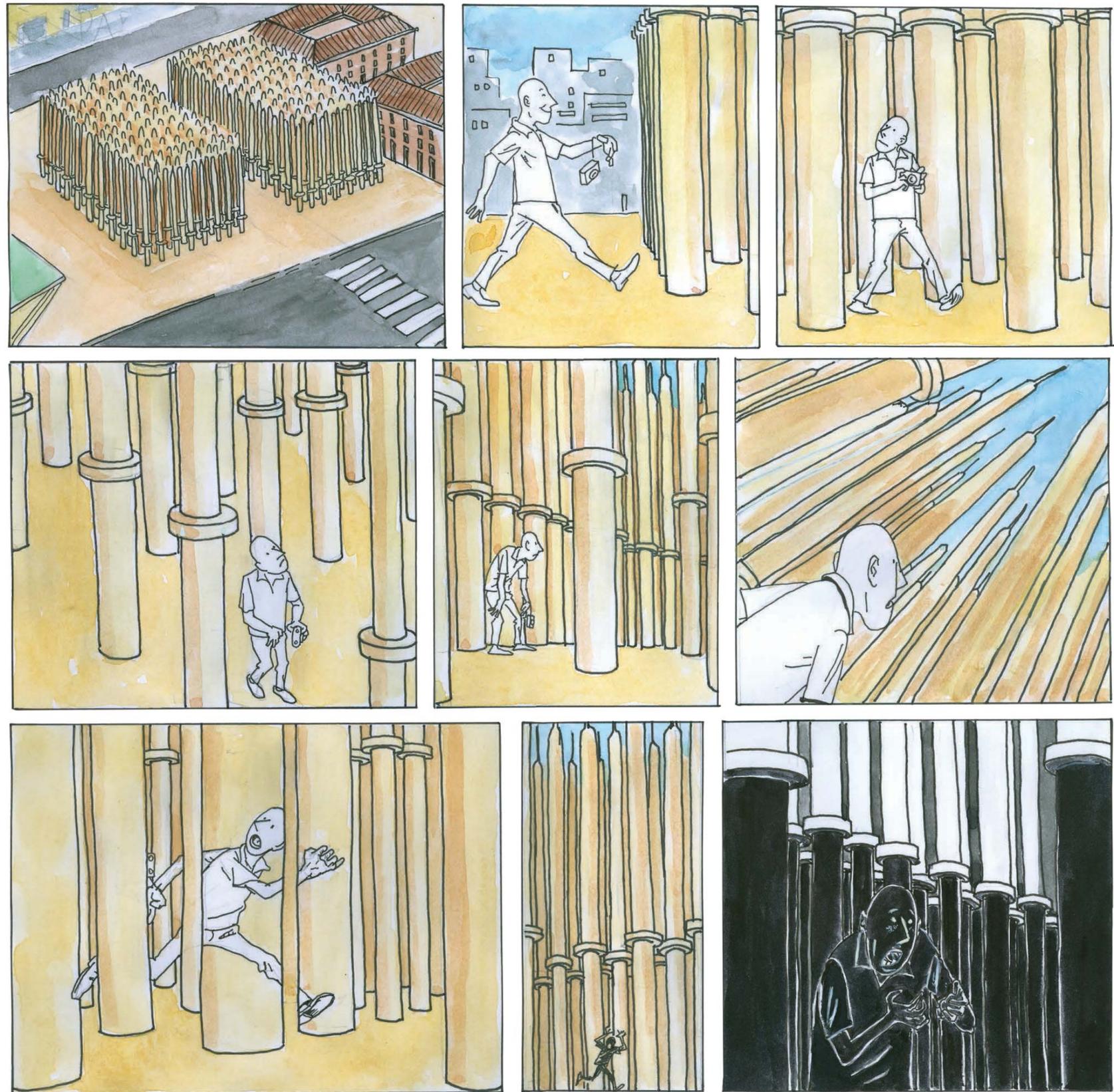
un carro bomba en 1989. Ese día, el gobernador Roldán, de origen liberal y padre de dos niñas, llevaba un discurso que decía: "El derecho a la vida es el derecho fundamental del hombre, pero la violencia irracional sigue mancillando cada día ese sagrado derecho. Razón tenía Héctor Abad Gómez cuando anotaba que no es matando guerrilleros, soldados, hombres de bien, como vamos a salvar a Colombia. Es matando la pobreza, la ignorancia y el fanatismo, como podemos mejorar el país". Pese a las diferencias partidarias y a los problemas de corrupción aquel espacio aún representa y defiende los ideales de legalidad, justicia y solidaridad.

Al caer la tarde, cuando el reloj marca las cinco y media y el cielo se tiñe de una luz naranja, los funcionarios salen de los ascensores y mueven los torniquetes para salir rumbo a sus casas. San Juan hierve, no faltan los ladronzuelos que aguzan la vista y la mano, los buses se apeñuscan, el taco busca salida por la glorieta o el deprimido. Cuando cae el velo de la noche los negocios cierran sus persianas y las calles van quedando solitarias, porque La Alpujarra, como la gente que la habita, es diurna. En Carabobo los tinterillos y tramitadores juegan cartas sobre dulceabrigos rojos.

Bajo la custodia de Francisco Cisneros, mientras los policías cercan los alrededores, Jenny sigue esperando una noticia de su novio. En medio del silencio el viento hace sonar las banderas, y la Plaza de Cisneros se ilumina con sus espadas de luz. A las diez de la noche, cuando los últimos empleados abandonan el edificio de la gobernación, los vigilantes revisan las oficinas y apagan las luces, y se echan la bendición para no encontrarse con el fantasma de aquella rubia con traje de secretaria que, según dicen, ronda por los pasillos cuando La Alpujarra duerme.

■

Viñeta x10

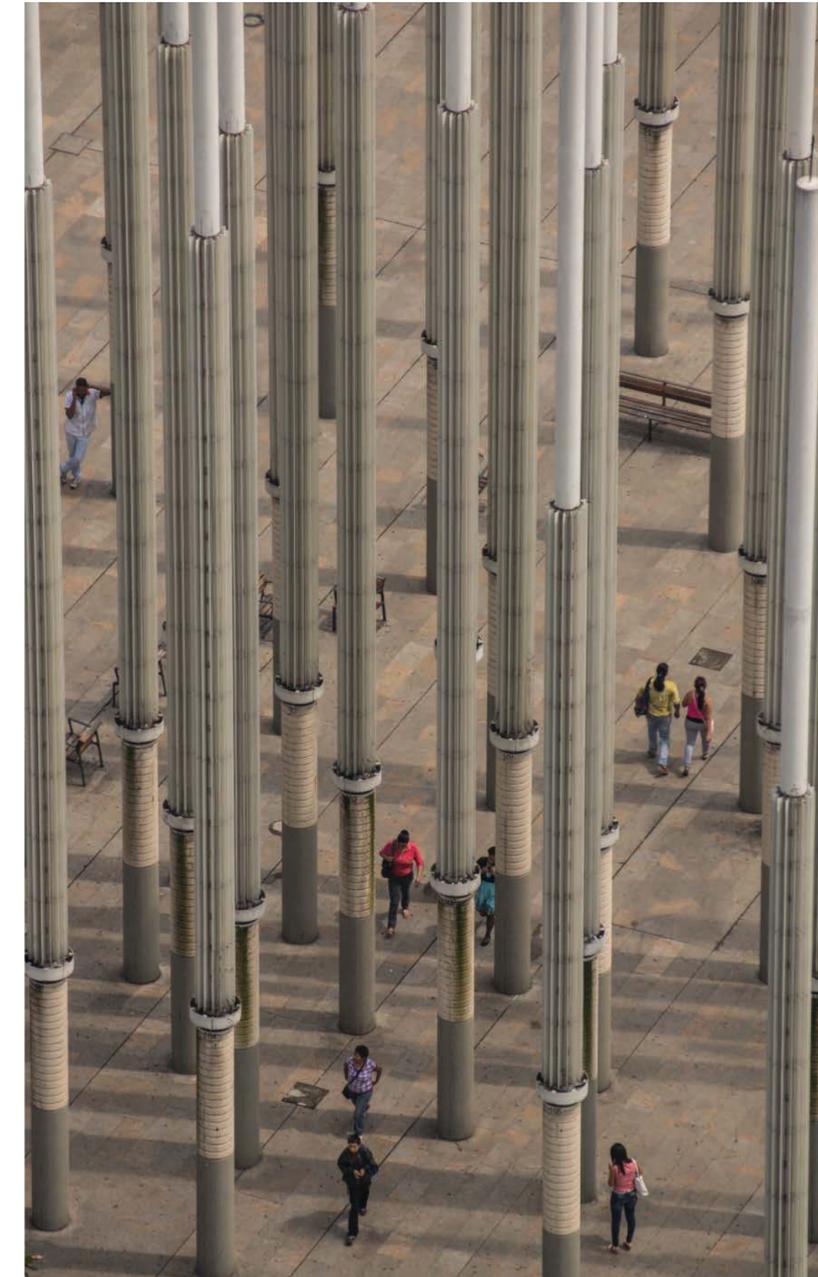


Sombras de Guayaquil

Por PAULA CAMILA O. LEMA

A esta hora, diez de la noche, la Plaza de Cisneros es una isla en medio de las amarillentas y solitarias calles que la circundan. La intensa luz blanca emitida por las torres que la adornan proyecta sombras en todas direcciones sobre el suelo de piedra, manchado de orina aquí y allá e invadido de pequeños grillos verdes. En el costado occidental un vigilante con un rottweiler recorre el frente de la Biblioteca Temática EPM, una especie de balcón de madera con un puente central que comunica la fachada inclinada con la plaza. Hasta las nueve ese lugar fue el plató del programa institucional del Concejo de Medellín. Sentados en poltronas blancas, de espaldas a los chorros de agua y tras haber sido debidamente empolvados para las cámaras, el presidente del Concejo y dos “representantes de la sociedad civil” hicieron balance del primer semestre. Antes, cuando apenas comenzaban, los policías en Segway todavía recorrían el parque. Se veían personas sentadas en las bancas, otras pasaban: madres con hijos, parejas, un turista, una señora ebria muy emperifollada que cada tanto se detenía para dejar que la cabeza se le escurriera. Del equipo de producción, una veintena, ahora quedan unos pocos. Recogen todo mientras un callejoso con dulceabrigo pide monedas a los propietarios de las camionetas 4x4 parqueadas en la calle Amador, que se van yendo una tras otra. Con el último de ellos, pasadas las diez de la noche, se irá también el último policía, pues hoy, lunes de Colombiamoda, antesala de la Feria de las Flores, no hay presencia policial las veinticuatro horas –una excepción a la regla, según el intendente jefe que vigila el parque–.

Mientras tanto, en el costado oriental, de fondo los edificios Carré y Vásquez, una quinceañera se saca un estudio fotográfico. Se llama Manuela y el vestido es lila, esponjado, con boleros verticales de tela vaporosa. La acompañan unas amiguitas entaconadas y la familia: la mamá, el papá, un par de tías, un primo y la que debe ser la abuela, que en la esquina del Vásquez le pone cuidado a dos trípodes, un banquito de madera y una gaseosa grande. El fotógrafo toma algunas fotos familiares, entre ellas una del primo con la quinceañera en andas bailando un vals imaginario. Pero en casi todas está sola, de espaldas a alguno de los dos edificios, y para una se trepa en una moto que un vigilante privado muy amablemente ha parqueado enfrente del Carré. Ahora pasa un callejoso en bicicleta, un borracho recorre Amador gritando y un espontáneo en chanquetas invita a la familia a merendar mientras se toma una “de grupito” en la carrera Carabobo. Luego, por San Juan, llega otra familia en pantaloneta. Los adultos hablan español entre ellos y en inglés a los niños; viven allá pero son de acá. Se toman fotos en las torres y abordan de nuevo la colorida mini chiva en la que llegaron. Serán los últimos turistas de esta noche de lunes, en esta isla de luz blanca, lugar de paso y escenografía, que “propone un hecho urbano – ritual y poético para participar permanentemente del espacio público”.





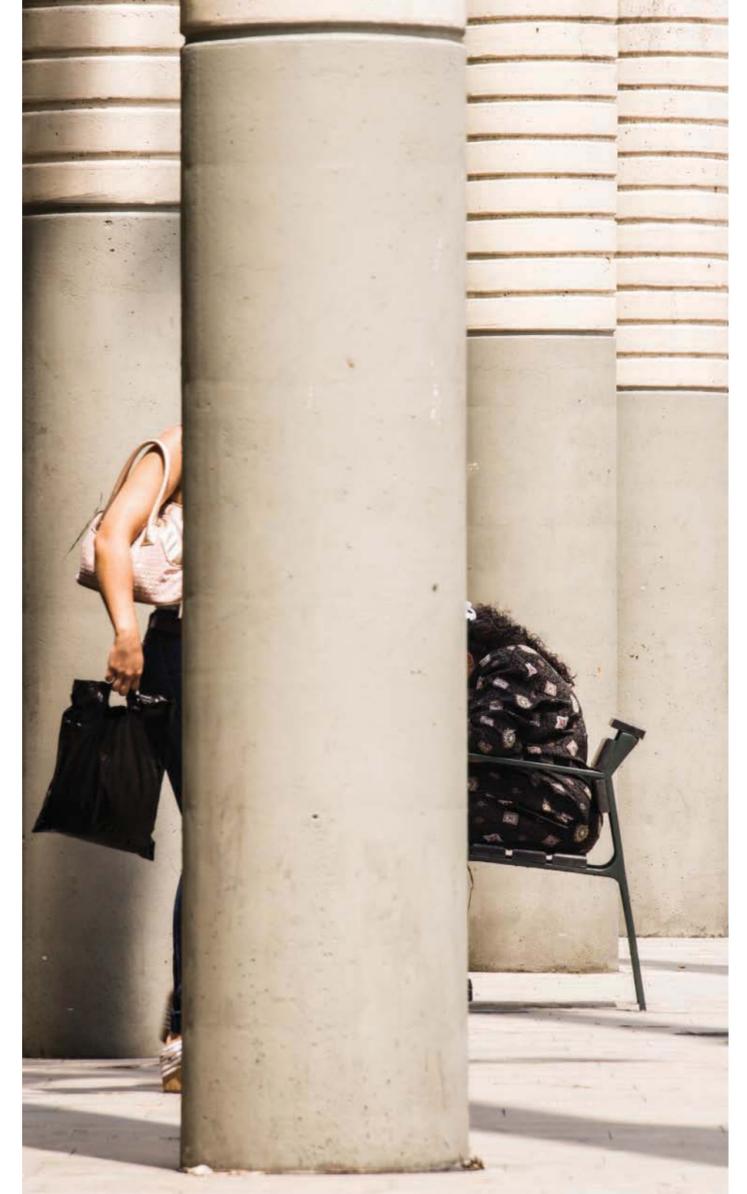
◆ ◆ ◆
 Le dicen el Parque de Las Luces aunque en realidad fue bautizada Plaza de la Luz, y hace poco, por recomendación de la Academia de Historia, volvió a llamarse Plaza de Cisneros, como se ha llamado desde finales del siglo XIX, cuando el pantanero que era se convirtió en el mercado cubierto de Guayaquil gracias al capricho de un tipo rico por el que ahora la calle 45 se llama Amador.

Una descripción somera diría que al parque, inaugurado en mayo de 2005, lo hacen las 300 torres de luz repartidas por los costados norte y sur, “un bosque de sombra en el día y un bosque de luz en la noche”: dieciocho metros de altura, cuarenta centímetros de diámetro, de la

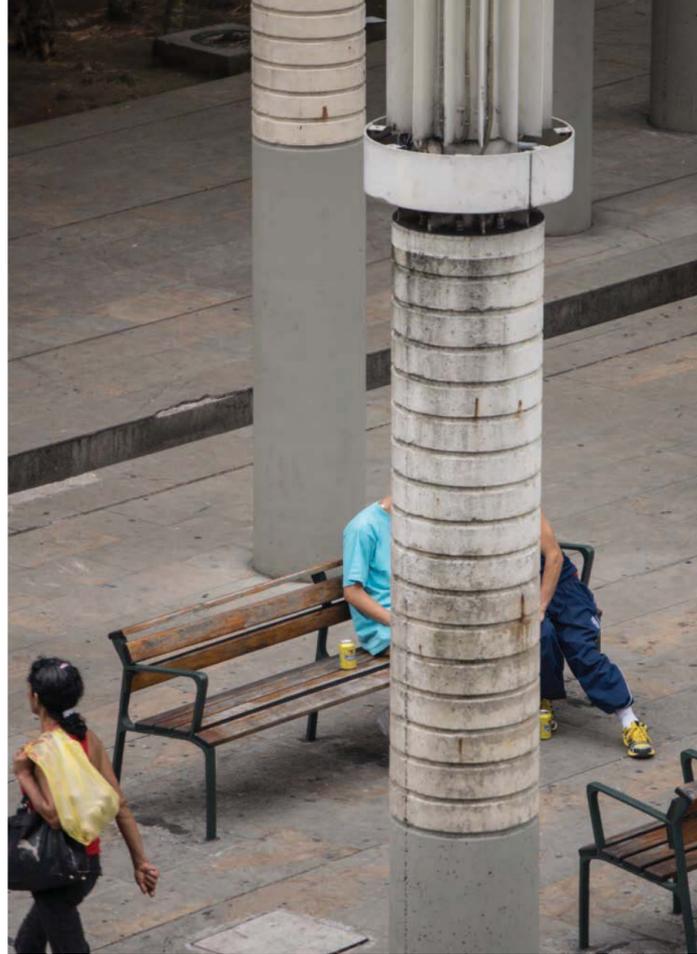
mitad hacia arriba una estructura de acero con cordones de leds que a esta hora –las cinco de la tarde de un jueves– todavía están apagados. Entre ellas se distribuyen varios sembrados de guaguas, bancas para una, dos, tres personas. En el centro, una plazoleta comunica los edificios Carré y Vásquez –únicos vestigios arquitectónicos de esa época de esplendor en la que el centro de todo fue Guayaquil–, con la Biblioteca EPM, una edificación de mármol, madera y vidrio “diseñada según el orden de la pirámide del conocimiento”. En el extremo nororiental, frente al Carré, hay un módulo de vidrio y acero que en teoría es punto de atención turística y vigilancia pero que está vacío e inutilizado. Y en las cuatro esquinas de la plaza, plataformas rectangulares que serían

simples bancas de piedra sino fuera porque son cuartos de máquinas de los espejos de agua que antes había alrededor y ahora son jardines de esterilicias; tienen escaleras en los dos extremos, y en el centro adhesivos de gran formato de la exposición *Álbum de paso*, repartida por toda la plaza desde hace algunos meses para celebrar, si eso es posible, la transformación de Medellín en el último siglo y medio.

A esta hora –las cinco de la tarde de un jueves–, el tráfico es intenso, la gente camina rápido y filas de buses esperan relevo a ambos lados de la plaza. En la esquina de Amador con la carrera Alhambra un anciano vende chorizos que cuelgan de las barras de acero del puesto ambulante. Los policías recorren el parque y a pocos metros de la plataforma donde estoy sentada, en una de las bancas, una señora y dos viejos toman aguardiente en copas desechables. Un hombre fornido y bien vestido se acerca y pide fuego para encender una pata de marihuana. No ha sacado todavía el fósforo de la caja cuando el intendente, montado en Segway, aparece de la nada, le arrebató la pata y la destroza con su bota bien lustrada. La mujer se pone de pie, le dice: “tenés un ojo de águila, por Dios que te admiro, parece, porque cuando te ponés en la jugada, qué peligro”. Es muy delgada, tiene lentes y un ojo neblinoso por el que no debe ver gran cosa. Lleva unas sandalias plateadas con tacos de pocos centímetros, un leggins café y una camiseta con un estampado que reza “Couture extreme”. Luz María, como se llama, espera poco para dar comienzo a un monólogo no del todo comprensible. A las 6:15, mientras está diciendo “yo soy la dueña del parque, imagínese como me ha crecido que ya le puse luces”, la mitad de las torres se encienden. Pasa un conocido y ella le grita: “venga, me va a regalar veinte mil”. Pasa una señora con un carrito lleno de termos de café y ella le grita: “hola Rosa”. Ya se han dispersado los demás, pero ella desfila por una pasarela imaginaria. Son las 6:25 cuando se encienden las demás torres, y ella justo está diciendo, a propósito de nada –como casi todo–: “es que Dios existe y la naturaleza es hermosa”. El viento arrastra por el piso bolsas, servilletas, papeles, hojas secas. En la plataforma, justo encima de la fotografía –una virgen luminosa–, Rosa y un hombre cuentan monedas. En las escaleras dos obreros se fuman un bareto y escupen la saliva moñosa. Pasan turistas, un cincuentón con camisa de chálí, zapatilla y media blanca bebe en una banca. Luz sigue hablando, dice que ahora todos “se envidian la plata y se dan puñaladas por dos pesos”, y cuenta después una pesadilla que tuvo hace dos días, de estructuras y grandes trozos de hielo que se desplomaban y caían del cielo, de un hombre que le decía que no sentía miedo porque ya había pasado todo. Que alguien escribía en el sueño, dice, y que por qué ahora yo estoy aquí, escribiendo: “vea, mero sueño, la culpa no es mía; pero me das vida”. Más tarde, al despedirnos, dirá: “usté por qué no se lleva mi numerito y me manda un mensajito y yo le respondo”.



◆ ◆ ◆
 Para mediados del XX –tras la construcción de la plaza de mercado, la llegada del Ferrocarril, de los buses y de los camiones–, Guayaquil era un “avispero humano, bullanguero y escandaloso” donde convergían las principales vías y gentes del incipiente pueblito. Un puerto sin mar, capital de vicios y transacciones, única plaza de la ciudad sin iglesia y con licencias, donde la plata sobra y los comerciantes respetaban los contratos millonarios consignados en papelitos y entre aguardientes a riesgo de ser exiliados del vecindario. Por esa época, invadido de vendedores ambulantes, el mercado abierto se convirtió en El Pedrero y este en una zona incómoda para la administración pública, que tras



repetidos intentos –entre ellos la ampliación de las vías y dos incendios– la desocupó. Para la década del ochenta ya la Estación del Ferrocarril había cerrado, los venteros habían sido desalojados y reubicados, y enfrente se levantaban los altos edificios del nuevo centro administrativo de la ciudad.

De esos años febriles, se ha dicho muchas veces, ya no queda nada, a excepción de algunos retazos de memoria, quejas por el pasado perdido, algunos hijos –o hijos de los hijos– de quienes antes trabajaban y pernoctaban allí: migrantes, viajeros, comerciantes, empresarios, obreros, poetas, brujos, tahúres, borrachos, “mujeres de vida airada”, ladrones, falsificadores, culebreros, vendedores hasta de “novenas del santo desconocido”; del Carré y el Vásquez, restaurados la década pasada tras muchos años de puertas tapiadas; de algún viejo, o una señora, que mata el tiempo en un andén, o vende ropa deportiva, o frutas, o tinto, o cigarrillos y confites. Vendedores, recolectores, patinadores. Rebuscadores. Gente que no se va porque para dónde. Algo dejaron ahí, algo perdieron cuando se acabó al fin. Pero algo permanece intacto, aunque con ello tengan poco qué ver las luces.



Lo primero que me dijo Lina cuando la conocí fue que a su mamá, Juana María, la habían “botado” en una caja de cartón aquí mismo cuando todavía era El Pedrero. Dos semanas después, un jueves al mediodía, la encuentro por casualidad enfrente de la biblioteca; conversa con el novio, que debe doblarle la edad. Tiene 28 años. Es alta, gruesa, imponente, el pelo teñido de un rojo encendido. Habla y se ríe claro y duro. Lleva muchos años en Guayaquil, aunque no toda una vida como la mamá. Cuando estudiaba, antes de los hijos, pasaba a recoger un mercado con el que “les colaboraba” un señor, pero Juana la “despachaba rapidito. No le gustaba que anduviera por ahí. Este sitio tiene un ambiente muy pesado. Sino pues que ahora la Alhambra ya no es como era antes, eso no eran sino bares y hoteles”.

Cuando le pregunto por los habitantes del lugar –diurnos, los únicos–, enumera nombres y apodos: ‘Piscuí’, que se ganó el mote por el silbido; doña Nubia, que vende cigarrillos y confites en la esquina de Amador con la Alhambra y vive a pocos metros, en un dormitorio social para adultos mayores de la Alcaldía; ‘La Gallimorada’, “de las que ahora les dicen prostitutas o trabajadoras sexuales”; ‘Palomo’, un callejoso que la mamá “ayudó a arreglar”; Orlando, un viejo que se sienta durante horas frente a una tienda de zapatos a renegar y decir palabrotas. Todos ellos, dice, llevan “años de los años” en este lugar, donde ya no abundan los perros canequeros y ya todos olvidaron a los indigentes que pasaban recogiendo en los noventa y nadie volvía a ver. Después dice dónde estaban antes las pensiones y los bares, en qué se han convertido: este en una venta de pandequesos, aquel en un centro comercial propiedad de turcos, otros en bodegas y empresas “despachadoras”, y más abajo, por la carrera Tenerife, en chatarrerías donde ella y su mamá, recicladoras desde hace diez años, venden por kilos lo que recolectan por los alrededores.

Me lleva a dar una vuelta por las calles que todos los días, entre seis de la mañana y siete de la noche, recorre de arriba a abajo. Camina entre los conocidos, saluda, se ríe, regaña a uno, otro le coquetea. Cada que hablamos con alguien ella se encarga de presentarme, y al hacerlo pregunta en mi lugar por el Guayaquil de antaño –no por la plaza–. Entramos a Acandy, un viejo bar que mira al parque entre la Alhambra y Cundinamarca, y saluda a Abraham, el administrador; “esto antes era lo peor de Medellín, estaba lleno de asesinos; ahora está suave, por la transformación”, dice el hombre sin demasiada convicción. Al lado del bar, en la entrada de una pensión a cuyas afueras siempre hay una mujer, o dos, o tres, la Gallimorada recuerda que el Carré y el Vásquez eran residencias. Luego, doblando la esquina, ‘Chalupo’ dice que el parque “le ha dado mucha vida al sector” pero “lo que falta es más seguridad”. Y así hasta don Jaime, ‘Jotica’, un setentón que lleva 47 años en Guayaquil y ahora se mantiene en la esquina de la Alhambra

con Maturín, frente a un puesto ambulante del que cuelgan ganchos con sudaderas, pantalonetas, camisetas, camisillas del Nacional. Sentado en una silla plástica, tomando tinto y fumando, don Jaime dice: “aquí ya no hay nada qué hacer; bregar a vender una camiseta o una pantaloneta. Ni siquiera hay dónde entrar al baño. Antes no le daban a uno ganas de irse temprano, y si el trabajo era malo podía uno quedarse tomándose algo. Pasamos bueno, muy bueno, pero ya no hay forma de nada”. Tiene el pelo blanco, las cejas blancas, zapatillas sin medias, camisa de chalí, un reloj grande y brillante. El monólogo, entre rutinario y triste, por momentos sube de tono para decir más o menos lo mismo: “antes el pueblo era contento, alegre. Había comercio, la plata sobraba, hijuemadre. Uno trabajaba dos días a la semana y le alcanzaba pa’l resto del mes. Era una cosa más buena, todo el mundo compartía, no había tanta avaricia. Ahora al que van viendo que se está quebrando le dan más duro en la cabeza”. A esta parte, ya en voz baja, don Jaime es lapidario: “esto no lo compone nadie; tal vez mi Dios, con la muerte”.



El lugar donde hoy se levanta la plaza antes era una manga con escasos árboles que hasta mediados de los noventa había sido un parqueadero. En 2001 el alcalde Luis Pérez abrió una convocatoria llamada “Medellín es luz, un poema urbano” para “recuperar” la plaza con “una propuesta

de arte, arquitectura y ciudad”, según reza un informe oficial. En el plan de desarrollo aparecía como la Plaza de la Protesta, en homenaje a su vocación como plaza política.

El proyecto ganador fue el del arquitecto Juan Manuel Peláez y su padre, el escultor Luis Fernando Peláez. Establecía que las torres, “elementos escultóricos”, serían 360, alcanzarían alturas de hasta veintidós metros y emitirían una luz que cambiaría de tonalidad e intensidad de acuerdo a las fases de la luna. Pero eso, según cálculos modestos, costaba cerca de doce mil millones, de manera que hubo que aterrizar la cosa a las posibilidades del bolsillo de la administración y las expectativas se redujeron a 300 torres de dieciocho metros con leds que no tenían forma de competir con la iluminación urbana y estuvieron apagados durante varios años –excepto cuando la ciudad estaba de evento importante–. Así, la plaza terminó costando alrededor de nueve mil millones de pesos.

Paralela a la construcción del parque se dio la de la biblioteca, inaugurada en junio de 2005, para la cual la alcaldía demolió, en enero de 2003, el Pasaje Sucre, único vestigio, junto al Carré y el Vásquez, de lo que había sido el mercado cubierto. El Centro Filial de Monumentos de Antioquia se opuso, la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura se opuso, pero la administración municipal argumentó que la edificación estaba en ruinas y que era necesaria otra que se vinculara mejor a la futura plaza. Meses más tarde Luis Pérez se ganó el Premio Atila, concedido por la revista Documentos de Arquitectura Nacional y Americana (Dana)





de Argentina a quienes toman decisiones en detrimento del patrimonio arquitectónico de Latinoamérica.

A principios de este año algunos organismos y “ciudadanos preocupados” se unieron para recuperar el parque construido para recuperar la manga, pues se estaba viendo muy oscuro. Se hizo limpieza, se sembraron los jardines, se multiplicaron los policías y los funcionarios de espacio público, se montó la exposición fotográfica y se instalaron otros leds que iluminan con mayor intensidad y ahora se encienden a diario.

Desde finales de 2011 se levanta sobre Amador y se extiende por toda la carrera Cundinamarca el centro comercial Gran Plaza, una mole alta y gris de cerca de treinta mil metros cuadrados. En el primer piso están “los comerciantes más tradicionales del sector de Guayaquil”, en el segundo *outlets* de las marcas de siempre, en el tercero una plazoleta de comidas, oferta comercial para gente que no gusta de almorzar corrientazo ni de sentarse, digamos, a las afueras de la biblioteca a cucharear un portacomidas. Digamos, los funcionarios públicos, que todos los días entre el mediodía y las dos de la tarde recorren los cinco carriles de San Juan que separan el centro administrativo de la plaza. Pantalones, mocasines, camisas a cuadros, trajes,

vestidos, tacones, una que otra corbata, y en las manos los Blackberry, entre el olor a especias y la docena de pantallas LCD que anuncian los titulares de las noticias muteadas. Después, a la salida, digamos, el cono de McDonald’s.



El sábado es día de cobrar y los mandaderos recorren las calles cuadrando cuentas. Luz María sigue tomando aguardiente en la misma esquina. En las plataformas media docena de adolescentes montan tabla, mientras una rubia a todas luces turista arma un porro sin mucho aspaviento. El parque huele a marihuana aunque está lleno de familias con niños. Un vendedor atraviesa la plazoleta con un puñado de globos de celofán de personajes de la televisión infantil, bandadas de palomas revolotean entre las guadas y las torres, los policías dan vuelta al parque en sus Segway. En la puerta de la pensión hay otras tres mujeres, en el bar Acandy suena un tango y una copera sentada en una mesa mira hacia la calle.

Ayer mataron a una mujer en Cundinamarca, enfrente de un bar, mientras almorzaba sentada en la acera: “ahí quedó la comidita”. Una vendedora, conocida de vieja data, me dice: “ah, pero eso fue porque era

una escapera”. Luego me lleva por el pasaje que comunica la Alhambra con Cundinamarca en busca de alguien que haya visto algo, y uno de los vigilantes nos baja de la nube: “ni pregunte que nadie le va a decir nada”.

Más tarde, después del estudio fotográfico que enfrente de la biblioteca se ha hecho un matrimonio vestido para la ocasión, una familia posa de espaldas a la fuente; “niños, niños”, dice la madre señalando las luces recién encendidas, y uno de ellos dice “uau”. A lo lejos el intendente conversa con otros dos policías. Cuando le pregunto por la mujer, cuenta que acompañaban la manifestación de un movimiento político en San Juan y no escucharon nada. La gente corrió a avisarles, luego de que ella dijera “estoy herida”. Pararon un taxi, la enviaron a Policlínica, adonde llegó sin signos vitales. De allá informaron que habían sido dos tiros, uno en la cabeza, otro en la espalda, aunque nadie los escuchó. Que se llamaba Rosana, tenía entre 28 y treinta años y era oriunda de Turbo. Era morena, alta, robusta, de pelo liso. “La habíamos llegado a ver por acá, pero nunca se supo a qué se dedicaba”. Cuando trataron de investigar nadie dio razón de nada, aunque había sucedido a las cinco de la tarde: “hablan más los muros”, dice el intendente. Más tarde otra persona me contaría que era una prostituta y les robaba a los clientes, y se cree que uno de ellos regresó a ajustar cuentas de una trifulca sucedida semanas antes; “también me dijeron que ella se metía todo por dentro, entonces cuando la esculcaban no le encontraban nada”.



Después de don Jaime, avanzada la tarde, en el momento de mayor eferescencia del parque, María expone las heridas que le dejó “Guayaco”. Sentada en el andén de Amador, enfrente del parque, después de decir “la gente siempre es bien, a veces es uno el que es mal” como para espantar la lástima, se vuelve blanda. María, de 47 años, que está ahí desde los nueve, cuando se escapó del internado en cuya puerta la abandonaron recién nacida. Todos esos años ha vivido en la calle. Ahora vive justo ahí, en la pensión que tiene a espaldas, a cuyas afueras siempre hay una mujer, o dos, o tres, en la pieza quince, que le cuesta once mil la noche: “esa pieza se lo come a uno. Los más baratos son los sopladeros, pero yo me conozco: una pa caer, niña, no tiene que estar sino parada”. Las mujeres hablan poco, se pintan los ojos, se ríen con una risa leve que desaparece rápido bajo la bulla de los carros, los pitos, las conversaciones. Una de ellas le cuida a María la cajita con agua, limonada, cigarrillos y confites. Otra se acerca para pedirle un cigarro fiado. “Cuando no estaba enferma y me putiaba, que tenía todos los dientes y estaba bonita, me iba pa los pueblos”, cuenta, y que pagó cárcel por acuchillar a una mujer que trató de robarle: “yo le tiraba era a esa cara, pa que se acordara”. María es morena, petisa. Tiene un jean con piedritas engastadas, unas chanquetas que dejan ver sus pies pequeños y endurecidos, una blusa amarilla con un encaje verde, y debajo una gruesa capa de gasa que le cubre el catéter por donde recibe diálisis

tres veces a la semana desde hace siete años. “Primero había una parte que se llamaba ‘La Manga’, después se medio organizó con los tubos y ya la policía no deja. Antes había gente en las bancas pero se estaba volviendo un atracadero. Cuando estaban las pileticas ahí, los indiecitos venían, se bañaban, lavaban la ropa y dejaban eso vuelto nada, y de ahí les quitaron el agua y venía la gente a culiar ahí. Recién que sembraron las matas venían en moto a robárselas, hasta que dijeron que iban a cobrar multa”, dice, y se ríe, y una decena de helicópteros alineados como una flecha atraviesa el cielo. Ella los mira, después mira las torres y las palomas encima de cada una de ellas, y dice: “ay, pa eso sirven los postes, pa que ellas se paren ahí”. Más tarde, cuando ya ha oscurecido, tras contar algún recuerdo racista, tristísimo, del internado, dice: “ya esto está muy frío. Primero había barcitos, se veía la gente, uno nunca se veía sin plata, se podía dar el lujo de decir: ‘hoy no trabajo más’. Ya no tenemos sino restos de esos años, un montón de viejas acabadas, achiladas”. Pero ella todavía trabaja, cuando resulta, y cuenta que días atrás le regalaron cinco bazucos; que le sudaban las manos, que se los regaló a una amiga porque sabe qué sigue después del primero. “Guayaquil se lo come a uno, niña”, dice, como si Guayaquil todavía existiera.

Lina y Juana siguen donde siempre, en la mitad de la Alhambra. Lina está sentada en un puesto de chance haciendo cuentas. Al lado está Juana, que desarma y apila cajas de cartón mientras dice que antes eso era un basurero, “un matadero”, que eso cambió, aunque “el ladronismo no falta”.

Hasta el día de su segundo bautizo el nombre de Juana María fue Luz Amparo. La mamá vendía legumbres en El Pedrero y un día las dejó a ella y a su hermana en una caja y les dijo que ya regresaba; la hermana rondaba el año y ella los siete. Las “recogió” la madrina de la hermana, que murió tres años después de gastroenteritis. Le contaron luego que al papá se lo veía llorando en los bares porque la esposa le había botado a las hijas y no las había vuelto a ver, aunque Juana nunca se ha ido de Guayaquil. Trabajó en bares, vendiendo cigarrillos, fruta picada, aguacates, pasteles de pollo. “Mi viejita era muy recia, nos ponía a lavar platos y nos decía: ‘el plato que me huele a huevo se lo quiebro en la cabeza’. Ella me crió fuerte, me enseñó a trabajar fuerte, yo trabajo desde los ocho años”, dice, y para corroborarlo me coge la mano y la pasa por los huecos que las muendas le dejaron en el cráneo. Ahora tiene 53 años, lleva diez reciclando, y cuando la llaman trabaja en casas de familia haciendo la limpieza. “Cuando El Pedrero había mucha plata, esa comida sobraba, la gente era muy amplia. Ahora la gente es apretada, mija”, dice.

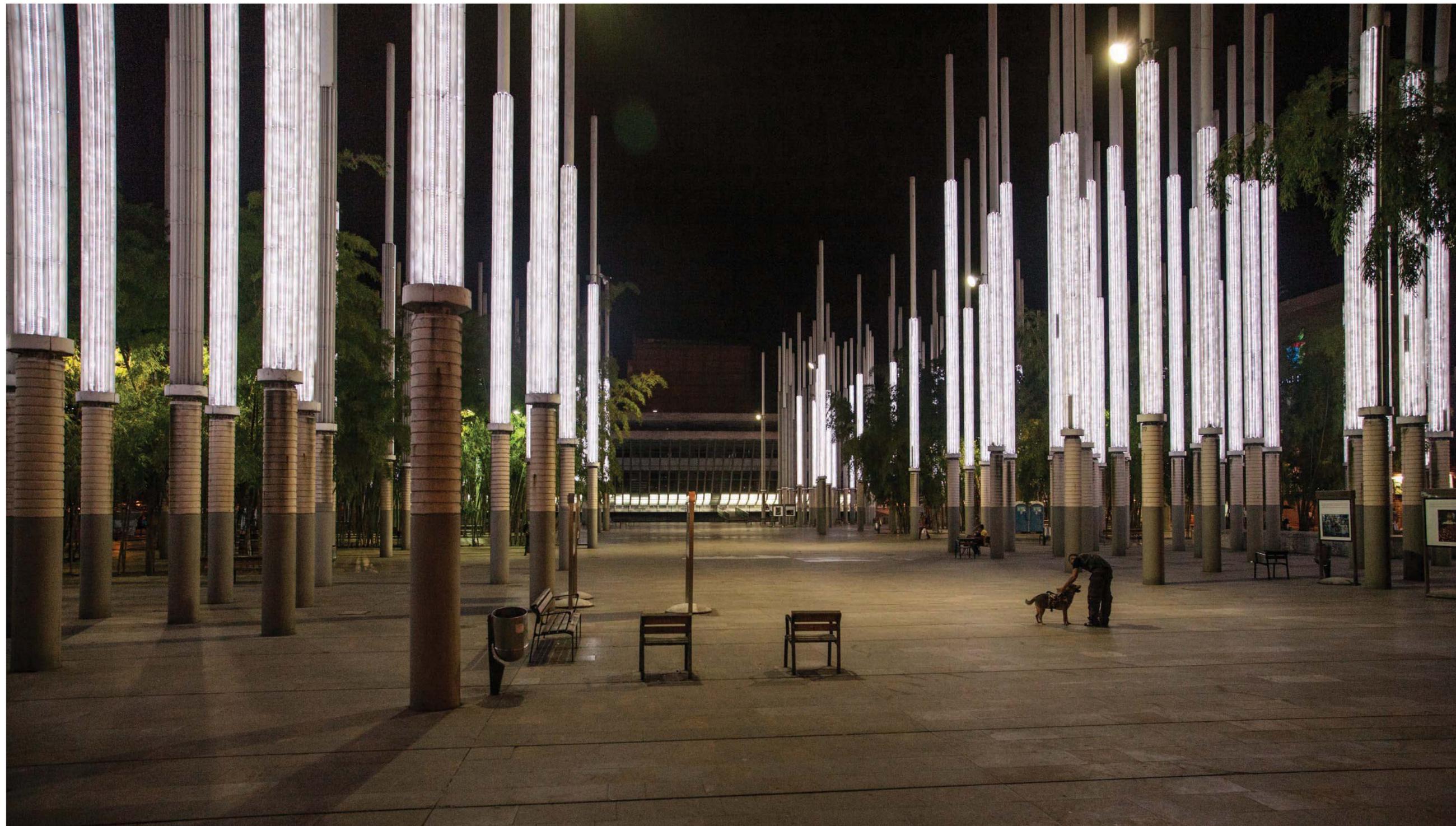
Ya es de noche y en la Alhambra quedan un par de cigarrerías abiertas. Lina y Juana recogen y amontonan lo último antes de irse. En la esquina tres serenateros con micrófono inalámbrico y pobre amplificación cantan de cara a los dormitorios sociales de la Alhambra, en cuyos balcones muchos hombres, casi todos jóvenes, fuman, silban, aplauden, piden tal canción.



A esta hora, 11:00 de la noche, cuando la Plaza de Cisneros es una isla de luz blanca en medio de las amarillentas y solitarias calles que la circundan, toda esa vida ya ha desaparecido. Sentados al final del puente que comunica el parque con la biblioteca, J. y yo observamos la desolada escena. Con el último bus, que esperó un rato largo sobre Amador, se fue también el último vendedor de tintos.

Pocos pasan a esta hora por acá: un celador bigotudo y enmachtetado, callejeros con los ojos fijos en el piso, pelaos solos o en patota. En un costado del centro comercial brilla un letrero al que se le fundió la primera letra –RAN PLAZA–, a pocos metros de una gran reproducción de *Horizontes*, esa obra de Francisco Antonio Cano en la que una pareja de campesinos señala el lugar al que se dirige. Al otro lado de San Juan, en la fachada de la Alcaldía, un pendón gigante reza: Medellín TODOS POR LA VIDA. La policía atraviesa el parque en moto cada cinco minutos, y en el costado oriental, a las afueras del Carré y el Vásquez, seis celadores pasan la noche sentados en sillas plásticas. De este lado, el vigilante y el perro recorren el balcón; por momentos se quedan quietos y la luz que despide la fachada de la biblioteca los hace ver como una doble esfinge. A lo lejos dos parejas avanzan por la plazoleta tomándose fotos con el celular. Se van acercando, cuando están a pocos metros dicen algo que no entendemos, y en un parpadeo están encima, preguntando con acento callejero cómo se llama este parque, cómo llegar al Parque del Periodista, dónde pueden conseguir un bareto, si tenemos, si estamos vendiendo drogas; así, sin esperar respuesta. Uno de los tipos ya está casi sobre J.; abraza a su chica, dice “a mí me van a poner a vender por acá, ya saben, no se pongan a inventar”, acerca la mano para un apretón y al tomar la de J. tira de ella hasta su cinto para obligarlo a sentir la dureza que oculta bajo la camiseta. “Mucho gusto, nosotros somos las Convivir de por aquí”, dice, y pregunta qué hacemos acá. Cuando intentamos responder hace como si hablara por celular con alguien y averigua por una muchacha y un muchacho que están en el Parque de las Luces. El otro tipo nos calla: “chito, está hablando con el patrón”, le hace un gesto a la otra nena y ella se sienta a mi lado y me examina. Explicamos que no llevamos nada porque sabemos cómo es la cosa, y ella dice “sí, a un parcerito lo robaron y estamos buscando al ladrón” –ese truco viejísimo–. El primero escucha las explicaciones y empieza a bajarle, pero obliga a J. a levantarse la camisa y a enseñarle el abdomen. “No se vayan a poner a inventar”, insiste, y luego dice “es que necesitamos pa unas balas”. Repetimos que nada nos acompaña excepto esa libreta, ese esfero, hasta que la nena a mi lado dice “no, estos no son”. Parece haber consenso, y el tipo, el primero, nos dice todo bien y antes de irse nos da el apretón y el consecuente golpe en los nudillos, como si fuéramos muy amigos y tuviéramos algo que agradecerle. Minutos después, mientras nos reímos un poco para bajar el susto, los policías en moto pasan de nuevo, y después un grupo amenazante de pelaos. Nos ponemos de pie, cruzamos el puente hasta esa zona en teoría segura donde están el vigilante y el perro, a contraluz, inmóviles. Nos quedamos mirando la plaza desde la balastrada, y entonces, justo antes de que las luces de tres de los cuadrantes se apaguen, en un mensaje que luego nos parecería contundente, el vigilante se acerca y nos dice: “disculpen, a esta hora no está permitido estar aquí”.

■





Puerto seco

Por MARIA LUISA RESTREPO

Cuesta imaginarse hoy, al caminar por las losas movedizas de la plazuela central de La Alpujarra o por el desértico Parque de las Luces, lo que fue antaño esta zona, nombrada Guayaquil porque su fundación coincidió con la epidemia de fiebre amarilla y beriberi que azotó a esa ciudad ecuatoriana. El trajín había empezado a finales del siglo XIX con la plaza de mercado de don Coriolano Amador, pero fue con la construcción de la Estación Medellín del Ferrocarril que el sector adquirió un carácter vertiginoso y se ganó el mote de “puerto seco” de Antioquia.

Guayaquil se convirtió entonces en el centro comercial mayorista, atestado de depósitos, bodegas, centros de distribución y reempaque, de procesamiento de maderas y manufactura de cueros. Allí llegaban, desde el río Magdalena, las mercancías extranjeras que surtían los anaqueles de los elegantes almacenes del Parque Berrío. Arribaban también el ganado vacuno, los cerdos y aves de corral, grandes cargamentos de maíz, arroz, papas, panela, azúcar, cacao, trigo, y todos los víveres que luego los comerciantes guayaquileros negociaban por miles de pesos en la mesa de algún café, con la única constancia de un pedazo de bolsa de papel o de cajetilla de cigarrillos garabateada con un “fulano de tal se compromete a vender tantos bultos de panela a fulano de tal, a un precio de tanto, para entregar en

tanto tiempo”; en estos ráidos papelitos empeñaban aquellos hombres su fortuna y su nombre.

Por la estación central, contigua a la Plaza de Cisneros, entraba toda la materia prima para la naciente industria paisa: vagones cargados de algodón desmotado para las fábricas de tejidos; tabaco en rama para la elaboración de cigarros y cigarrillos; hierro para las fundiciones y madera para la construcción. Desde la región del Suroeste llegaban los bultos de café transportados por el Ferrocarril de Amagá; en la Estación Medellín eran reembarcados en el tren de la sección Porce del Ferrocarril de Antioquia, que los llevaba hasta la Estación Santiago, donde hacían trasbordo para cruzar la carretera de La Quebra hasta la Estación El Limón (antes de la terminación del túnel en 1929); allí comenzaba la sección del Nus, cuyos rieles los llevarían finalmente hasta Puerto Berrío, donde continuarían su viaje a través del río Magdalena. En 1914 pasaron por la estación de Guayaquil 225.000 sacos de café, equivalentes a 14.093 toneladas, y para 1930 el número de sacos ascendió a 653.000 (43.173 toneladas). De Caldas llegaba también el carbón para alimentar las rugientes locomotoras y los hornos industriales.

Tal flujo de mercancías atraía hacia el sector gran cantidad de comerciantes, intermediarios, prestamistas, administradores, vendedores, bultiadores y carretilleros, que con su ir y venir congestionaban las calles aledañas, las aceras y las esquinas, y con el vocerío de sus transacciones llenaban los bares y cafés de Guayaquil. Además del comercio al por mayor, venían gentes de todos los barrios de la ciudad y de las poblaciones cercanas a mercar en la plaza o a abastecerse en los locales cercanos; era común encontrar en horas matutinas a las amas de casa, algunas solas, y otras, las más pudientes, acompañadas de sus criadas, cargadas de canastos repletos de verduras, frutas, granos y todas las vituallas para la semana. Los campesinos que llegaban a surtirse caminaban entre el bullicio y la congestión hasta el almacén La Campana, al frente del edificio Carré, donde siempre podían encontrar ruanas, alpargatas, ponchos, pantalones negros, dados y guitarras. Luego se acercaban a otro local del mismo edificio, el de la Farmacia Molina, en busca de los medicamentos que no podían conseguir en los pueblos.

La Estación Medellín era la puerta de entrada y salida de cientos de pasajeros. Entre la 7:00 de la mañana y las 7:10 arribaban los primeros trenes provenientes de Barbosa y Caldas, atestados de hombres y mujeres que venían a engrosar las filas de obreros de las fábricas de cerveza, gaseosa, fósforos, jabón, velas, de las chocolaterías, las fundiciones de oro y plata, los tejares, las tostadoras de café, las tintorerías y los talleres de mecánica. A las 8:25 sonaba el silbato de la locomotora proveniente de la Estación Botero, primera de la sección Porce hasta 1918. Quienes viajaban en sus vagones llegaban a la ciudad desde lejanas regiones del país; muchos culminaban en aquella estación una travesía de más de dos días desde la capital del país, y otros, incluso, de semanas enteras desde Europa y Estados Unidos. Los agotados viajeros, con el deseo de recobrar energías, acudían al Café 24 Horas a tomar un buen tinto cuñado con una empanadita; si el



➤ SUP. Plaza de Cisneros. 1910.
➤ INF. Ferrocarril de Antioquia, estación Medellín. 1922.

tiempo y el bolsillo lo permitían, caminaban hasta La Luneta, diagonal a la estación, cuya panadería ofrecía buena variedad de parva para el desayuno. Quienes conocían bien el sector no dudaban en andar unos pasos más para llegar hasta el edificio Vásquez, donde se hallaba el famosísimo Café Árabe, muy apetecido por la excelente calidad de sus viandas. Cuando la hora de llegada del tren coincidía con el almuerzo, los hambrientos pasajeros de segunda clase acudían a La Sancochería, una vieja casona ubicada sobre el costado oriental de Carabobo, a pocos metros de la Plaza de Cisneros, donde servían exquisitos tamales, frijoles y, por supuesto, el infaltable trifásico. Los pasajeros de tercera clase se saciaban gustosos en el Restaurante Cuclillas del edificio Carré; en el concurrido negocio no había sillas ni mesas, y a

cambio los comensales, de pie o en cuclillas, podían comerse un gigantesco plato de sancocho con aguacate y arepa por solo cinco centavos.

Saciado el apetito los viajeros debían encontrar hospedaje. Los más pudientes tomaban un coche tirado por caballos para llegar hasta los hoteles del Parque Berrío o el lujoso Hotel Europa en la carrera Junín con la Avenida La Playa. Los de medio pelo podían encontrar una habitación decente en el Hotel Suiza, a dos cuadras de la estación, en el edificio antes ocupado por la fábrica de Cigarrillos Mora, o en el Hotel Londres, sobre Carabobo.

Los modestos campesinos, venidos a la gran ciudad en busca de mejores oportunidades, debían conformarse con alguno de los hoteluchos que abundaban en Guayaquil, ya fuera el Milán, el San Mateo, el León de Oro, el Nápoles, el Cuba o el Bolívar; salvo el nombre, poco los diferenciaba, pues todos ofrecían bajísimas tarifas a cambio de un cuartico sin baño y con una cama plagada de chinches y pulgas.

Los domingos la congestión en torno a la Plaza de Cisneros y su estación no menguaba. Antes de la 6:00 de la mañana comenzaban a llegar personas de todos los rincones de la ciudad, para alcanzar el tren de las 6:15 que los llevaría a los pescaderos de Botero, a los cristalinos charcos de Pradera o a los bosques de Santiago, donde los cazadores, con sus jaurías

de perros, iban a cazar conejos y guaguas. Frente a la Estación Medellín paraban los carros del tranvía de La América y Manrique, abarrotados de gentes cargadas de gallinas, revuelto y ollas para el sancocho, cañas de pescar y maletines con ropa para bañarse en los charcos y quebradas cercanas a las estaciones del ferrocarril. Otros paseantes llegaban en el *trolley bus* de la línea La Toma, en las populares carretillas taxis o en los camiones de escalera de aquel entonces, cuya terminal quedaba en la misma Plaza de Cisneros. Los viajeros de alcurnia acudían al lugar en coches de caballos de servicio público o en modernos y elegantes automóviles particulares. Partían pues los excursionistas a sus bucólicos parajes, para retornar a esta villa en el tren de las 6:20 de la tarde.

Al día siguiente comenzaba una vez más la ajetreada vida de Guayaquil, y así, de día en día, pasaron más de cincuenta años de idas y vueltas de trenes, tranvías, buses, chivas y camiones cargados de gentes y mercancías, hasta que las locomotoras dejaron de emitir su estridente sonido para siempre. La plaza de mercado, incendiada y abandonada, dejó de ser el centro de abasto de la ciudad y, con ello, el puerto seco de Antioquia dejó de existir.

■



► Inauguración del Ferrocarril de Amagá (Estación Medellín). 1911.

► El mapa del ferrocarril merecía más que el trazo frío de los topógrafos. Horacio Longas se encargó del dibujo de la Troncal de Occidente (1926). Se ven los penachos de humo de los vapores y las locomotoras, y con lupa, los indios y los colonos.





Bares a tres bandas

POR JAIRO OSORIO GÓMEZ

El primer universo que advertí cuando llegué con mi familia a Medellín fue aquel espantoso de gentes y carros, en medio del griterío constante de la turba, del barrio Guayaquil. Allí nos dejó el camión de escalera que venía desde Caramanta, en 1954, poco después de que mi padre huyera de la persecución de los banderizos conservadores que no acertaron a darle muerte en la emboscada del zócalo del pueblo, mientras departía con Bernardo Hoyos en la lonja de granos de su amigo.

El nacimiento del cuarto vástago fue una especie de liberación para mis progenitores. El incidente del parto —la cama estropeada en medio de los dolores del alumbramiento— lo asumimos años después como premonición de la partida. Luego de tres meses de nacido estábamos todos reunidos en la ciudad que había visitado antes mi padre, fugazmente, por la terquedad de su corazón, durante la búsqueda de la que habría de ser su mujer. Todavía no descifraba a Medellín en su feroz complejidad como albergue de los desterrados rurales.

La primera callejuela que pisó el grupo familiar fue Carabobo, una prolongación de tierra hacia el sur, en el extremo del camino de Los Huesos, porque en ella terminaba el recorrido de los camiones de madera y polvo que traían a los campesinos desde los puertos del Cauca.

A la hermana de mi padre, Anita, quien prodigaba un afecto especial por su hermano menor, le correspondió ubicarlo en la ciudad, con sus ternezas y su amparo de mujer instruida. Fue la única de los Osorio que tuvo el privilegio del estudio para ganarse la subsistencia con su trabajo en la Locería Colombiana, donde era contadora, un oficio raro en aquellos días para una mujer pueblerina. El albergue inaugural para la prole estaba sobre la esquina de Restrepo Isaza, una modesta casa en los bajos de la calle 72 con la carrera 49, a una cuadra de Lovaina, la Saint-Denis local que entretuvo a varias generaciones de machos con sus prostitutas de edades inciertas y maricones viejos y deplorables.

Después mi padre se amistó con don Gabriel Mejía, el dueño de la fábrica Café Don Quijote, quien lo llevó al mundo de los bares al dejar bajo su tutela el primero de los varios que tuvo en Guayaquil. Su nombre, El Buen Tinto, convocaba una clientela diversa y honrada en la que prevalecía el grupo de abarroteros más distinguido de la feria; sobresalía entre los abaceros don Antonio Roldán. El café distaba unos veinte

metros de la esquina de la calle Amador con la carrera Díaz Granados, sobre el costado norte, justo al frente de la puerta de la Galería Sucre, el mercado anexo a la antigua plaza de don Coriolano. El local que lo albergó todavía permanece a salvo de las demoliciones, y es quizá el único en aquella calle histórica. Sus dos puertas de madera con escotillas de hierro, similares a las de la mayoría de tiendas antiguas, pintadas de un blanco hueso, me lanzan ahora la pátina de esos primeros años de vidorra.

En aquel pasaje mi padre aprendió las primeras convenciones para ser un hombre despierto ante las bravuconerías de la plaza. Ese primer oficio debió ocuparlo varios años, porque recuerdo mis caminadas en el amplio salón, por entre las cadenas y las campanas de papel floreado con las que adornaba mi madre el café durante la Navidad.

La noche del arreglo se tornaba en fiesterío para nosotros los niños. Teníamos licencia para hurtar refrescos, ocupar el negocio con las trastadas propias de las cabras sueltas y



Bar en Guayaquil. 1925.

pasear sin límite por la barriada, en tanto los adultos amarraban orlas y serpentinas de tintes alegres en las lámparas y espejos del salón. El padre se sentía honrado con aquellas visitas de su prole. Manifestaban la devoción de su cuadrilla, en esa parranda a la que invitaba la época decembrina. Mientras todo ocurría esa noche, un piano de moneda repetía incesante la música de Guillermo Buitrago que tanto alegra el espíritu de la parroquia. Con su mueble hermoso forrado en chapillas lacadas de roble, caoba y nogal, su bandeja de cincuenta registros y sus cornetas incrustadas en torres de colores intensos y luminosos, decoradas con filigranas de vidrio y cobre, la caja Seeburg modelo 1948 parecía la capilla de aquel santuario de libertad que fue el café para los padres y sus hijos durante aquellos tiempos iniciales en Guayaquil.

Las mismas cerchas de traviesas finas que levantaban el techo por encima de los cinco metros le daban un aire monacal y profundo al negocio, con los fuegos rutilantes de las pilastras en medio del salón. Ahora entiendo que el exotismo del piano importado era lo que hipnotizaba a los feligreses y los sumía en aquellos ritmos cambiantes de los discos tropicales los días de Nochebuena, y de tangos y lamentos andinos el resto del año. Porque el plato cambiaba con las novedades melódicas que conseguía el padre en los almacenes La Cita y La Guitarra, una exigencia de la reputación del café.

El Buen Tinto selló las posibilidades de papá y, por consiguiente, las de la familia. Desde entonces fuimos hombres de Guayaquil, rayados con el hierro indeleble de quienes conocen el valor sagrado de pertenecer a una herejía fundada sobre el trabajo, la humildad, la diferencia y la rectitud, todo en medio del arrojito que exigía el ajetreo odioso de cada mañana. Por eso no entiendo esa mitología de cuchillos y sevicia que alimentó después la ciudad respecto a la cotidianidad antigua del barrio. La violencia de Guayaquil era la de los conglomerados diversos del rebusque, y la de las conjeturas de los ajenos y los titulares de la prensa, nada más. Porque en el día a día no se daban más que las trifurcas normales de la turba acosada por la fatiga y la premura. Las historias de los *matasiete* inmunes en sus calles fue inventiva de los donceles de la parroquia, cuando ya mayorcitos sus progenitores los dejaron bajar a los bares y pensiones del histórico cruce de caminos. Paradigmas de una clase media bajera urgida de batallas imaginarias para sentirse valiente. La tirria de la ciudad contra el arrabal predilecto de los habituales y de los extraños que por allá arrimaban.

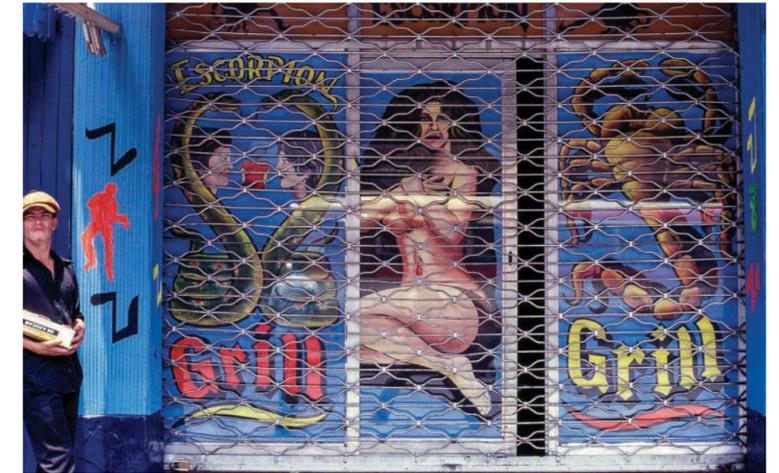
Acreditado El Buen Tinto con el celo y el buen sabor que solía darle mi padre a la infusión más común entre los colombianos, don Gabriel Mejía le delegó otra cantina insepulta en el cruce de Maturín con Facio Lince: el Café Industrial. El mismo nombre era anodino. La simplicidad de la bodega la predestinó a su pronta desaparición. La marca con la que se conocía estaba dada para reunir una cáfila de escuderos criollos, pero hubiera dado igual que se llamara café nada o café sin nombre. El color gris de su fachada en granito iba contra el espíritu de la clientela. Los habitantes de Guayaquil eran alegres por naturaleza, buscaban siempre los toques intensos de la vida. La permanencia del padre como tendero del Café Industrial fue corta, porque a la cuadra, hacia el norte, lo esperaba el batacazo de su buena sombra. Luego el café devino en el depósito de los Botero Soto, y posteriormente en el acopio de los quincalleros de Medellín, construido por el municipio con recursos destinados a la habilitación de espacios para sus desplazados. Hoy lo único que alivia ese antiguo recodo es el paso incesante de los vagones del Metro, por encima de los techos arqueados del bazar.

En el bar Bola Bola transcurrió lo mejor de nuestra escuela. Desde finales de los años cincuenta no hubo semana que yo no estuviera en esa esquina de Pichincha con Facio Lince, profesando de adulto desde niño. Fue la primera propiedad del padre en la urbe, y la que habría de repararle, para tranquilidad de su destino y el de los suyos, las que perdió en la tahurería de su villa natal. El bar nos congregó en torno a un oficio agradecido pero peligroso por el carácter disoluto que confiere ver el dinero fluyendo a diario entre las manos. Un arca milagrosa abierta a las tentaciones de una voluntad anémica. De hecho, esto fue lo que perdió a Darío y al hermano menor años después, cuando se quedaron con la heredad. No fueron capaces de soportar el escándalo de la fortuna incesante de la registradora.

Mi padre alcanzó la consagración con el café que preparaba. Elaboraba una mezcla con unas pocas gotas de limón y ron Antioquia, y tres conjuros, y ello hacía la delicia de los parroquianos. Los habituales del bar solían decir que los turistas que se alojaban en el Nutibara arrimaban hasta su esquina para tomar la mejor infusión del arábigo acaramelado que se vendía en el sector. Su fragancia anunciaba la cafetera recién dispuesta. En realidad, el buen sabor se debía al gusto con el que preparaba el grano, a la marca sempiterna, Café Don Quijote, y a la pasión con que exprimía el viento blando y místico de la semilla molida. “La primera cafetera paga los gastos de la jornada”, decía con satisfacción el viejo.

El Bola Bola estrenó para nosotros el ministerio de la hombría. Allá los hijos nos hicimos mayores, auxiliando en las tareas a las que obligaba el café. Las primeras memorias que arrastro de la infancia vienen fundamentalmente de los deberes con mi progenitor en las vigiliadas que me impuso cuando pudo regresar al pueblo, a comienzos de los años sesenta. Entre las paredes del bar quedó grabada la estampa indeleble de un párvulo empujando sobre un viejo cajón de cerveza, a manera de púlpito. Administraba la urna del negocio bajo el brío protector de nuestra mesera de confianza. Los domingos la jornada se me hacía interminable. El café quedaba a mi cuidado desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, cuando regresaba cansino el patriarca, con su carga de revuelto y carne surtida en el mercado de la aldea a precio de ocasión. El rodeo que daba en el empeño de rebuscarse era completo. Subía a la tierra fría en los buses de La Magdalena o Rápido Ochoa, que eran los primeros en salir de la estación en el barrio Colón. El regreso lo hacía en los inagotables camiones de escalera de Caramanta y Valparaíso, despachados en la tarde del día feriado con su cupo completo de parroquianos y forasteros que visitaban el pueblo por las razones más insospechadas.

Solidaria con su patrón, la flaca Amparo Ochoa me acompañaba en las circunstancias previstas, solícita con mis ahogos de novicio en el asunto de las ventas. Amparo es inolvidable. Era hermana de ‘Pacho Troneras’, o al menos eso decían. El bar en manos del crío no peligró jamás por el pupilaje con el que Amparo consentía al señorito del amo. De manos largas, con las venas de los brazos brotadas sobre la delgadez de su piel blanca, risueña y diligente



Guayaquil. S. f.

de manera inflexible, era el retrato de la fraternidad con la que se manifiestan estas mujeres en las necesidades más apremiantes de los hombres. Con Darío, por ejemplo, herido de muerte, la noche en que lo balearon, todas las callejeras de Boyacá cerraron con sus brazos Carabobo para detener un taxi que lo socorriera llevándolo hasta el policlínico más cercano. Las zorras y las coperas actúan por instinto de madres.

Tras el mostrador alto de listones cenizos del Bola Bola me hice diestro en el servicio de los bares. A los siete años las meseras de Guayaquil me llamaban don Jairo, por los muchos días y las muchas noches vividos sobre la barra dominante del salón de billares y mesas. Incluso manoteaba duro sobre su base de madera, y las muchachas corrían a mis exigencias de atención rauda para los borrachos acosadores. La tutela de Amparo Ochoa, la cruz que me ponía en las manos el padre y mi decidida entrega al trabajo me daban un aire de chulo que en ningún momento cultivé adrede. Además, la sumisión aprendida de las meseras del bar las llevaba a tratarme con ese respeto infundado.

Al Bola Bola lo acogía un local inmenso que albergaba dos mesas lujosas de billar de tres bandas y un *billar pool*. El servicio diario se mantenía completo. El juego congregaba a los pícaros y a los indolentes; en el sector no había otro filón que los tuviera. La limpieza del paño con cepillos

de pelo fino me ocupaba con frecuencia, sobre todo las tardes de sábado y domingo, en mis turnos religiosos de cantinero precoz. El polvillo de la tiza azul con la que cebaban la suela de cuero de los tacos penetraba por mis fosas nasales al remover el cernido que se acumulaba en los ángulos de las bandas, lo que hacía que se alborotara la sensibilidad extrema de las mucosas. En ese momento me volvía un verdadero mocososo, en ambos sentidos del término.

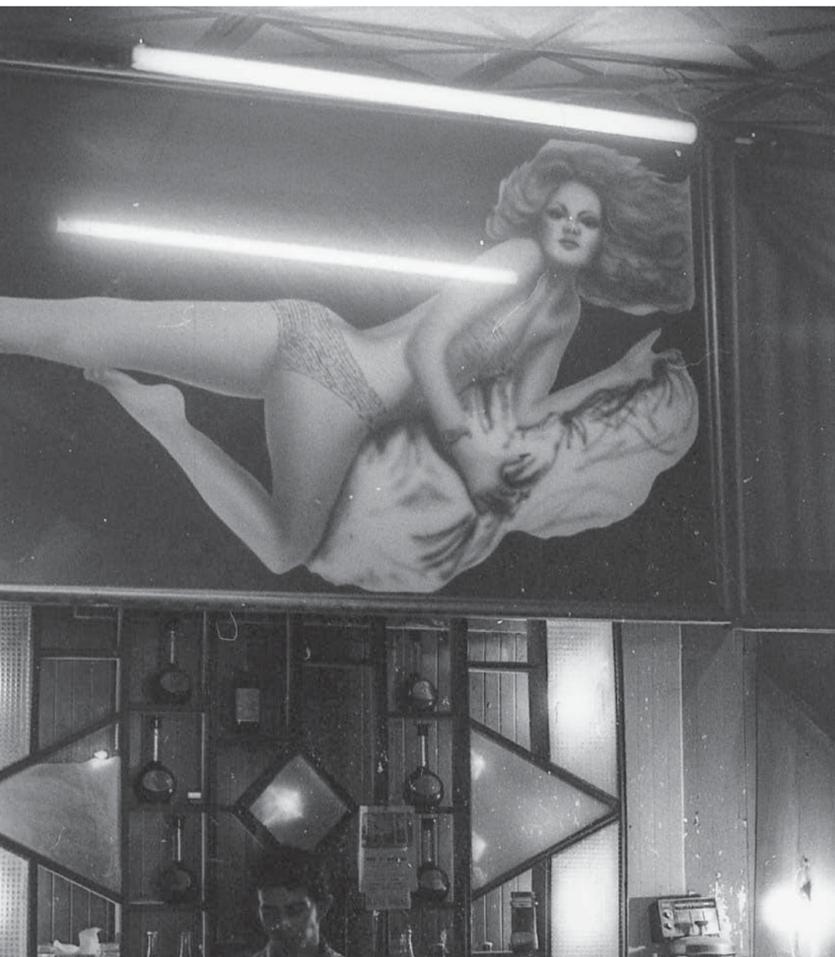
El nombre del bar seguramente derivaba de la singularidad del juego con el que lo familiarizaron Pichincha abajo. Cuando mi padre lo compró tenía restaurante al fondo, pero lo suspendió para ampliar la ocupación de los billares, porque el vicio fatiga pero renta más. Sin embargo, nunca dejó de vender sus fritos predilectos, pues toda la vida conservó la tradición de chacinero que arrastraba desde el pueblo.

La clientela del Bola Bola era una ralea diversa de comerciantes de madera, ferreteros, camioneros, mecánicos, tipógrafos, panaderos, empleados de flotas intermunicipales, obreros de la Harinera Antioqueña, carretilleros de la Flota Roja, confeccionistas y sus costureras, especuladores de la plaza, diletantes sin arte conocido y villanos ocasionales que elegían el bar como punta de lanza para sus atracos en los bancos cercanos. La presencia de la flaca Ochoa propiciaba, sin duda, el cruce de las bandas delictivas por el café, famosas por los golpes de mano a las sedes bancarias de la calle Colombia. Cuando en la Plazuela Nutibara se disparaban las alarmas del Edificio Antioquia, con las que Medellín se enteraba del atraco inminente de alguna entidad financiera, rápido intuíamos que los bandidos eran los hombres que minutos antes habían estado departiendo cautamente con las meseras, porque las sobrecogía un nerviosismo evidente. En esos casos, las muchachas bebían licor durante dos o tres días continuos, mientras clareaba el corone del atraco. Incluso ebrias atendían la clientela, mientras lloraban por la suerte de sus mozos.

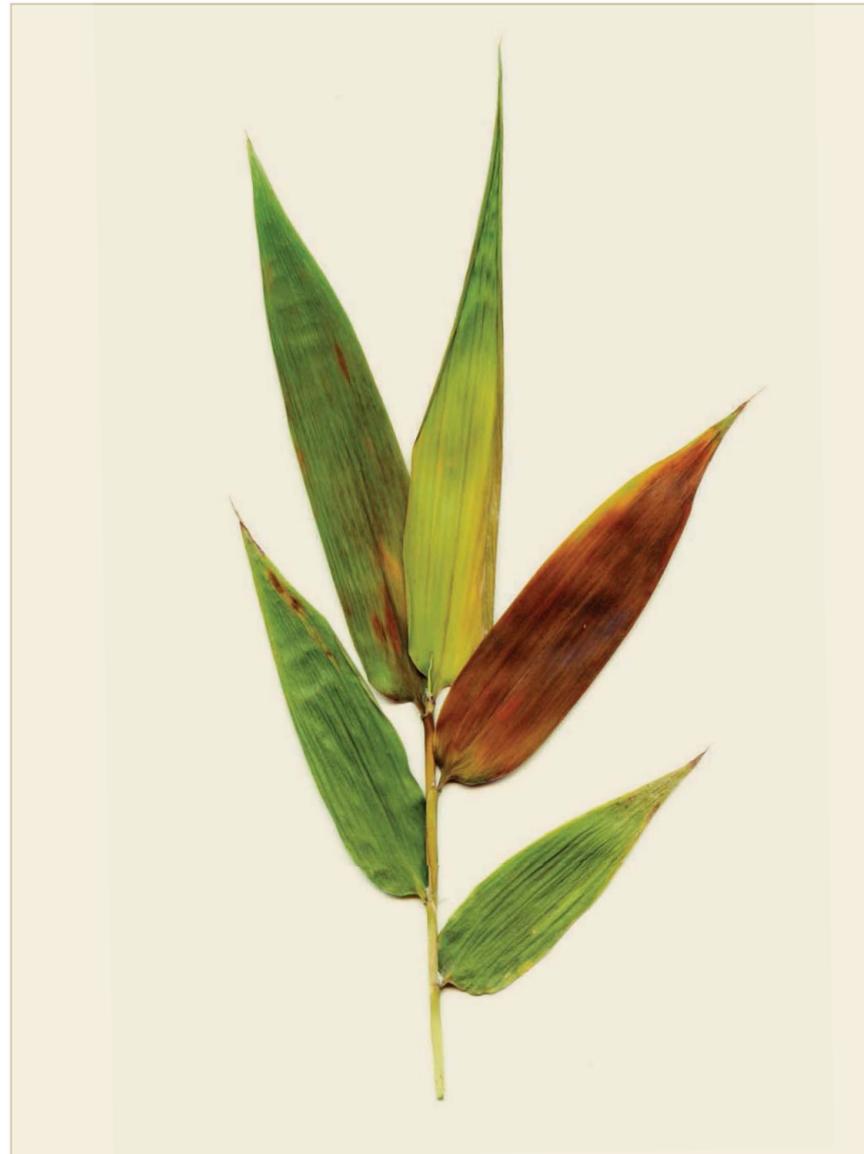
Al día siguiente la prensa sensacionalista mencionaba sin pruebas a los mismos de siempre como responsables de la fechoría. 'El Mono Trejos', 'Toñilas', 'Pistocho', 'El Pote' Zapata, el mismo 'Pacho Troneras', ladrones simpáticos pero arrojados que se paseaban por la ciudad sin temor a la ley.

El bar prestaba servicio a domicilio a los negocios vecinos. Diagonal a su esquina atendía a los obreros de la Harinera Antioqueña, una empresa creada en 1912 que conservó hasta comienzos del siglo XXI su molino alemán de madera exquisita con doce trituradores de cuatro pisos que lo hacían una joya arquitectónica única en América. Herencia de los molineros de Sonsón, el trapiche fue transportado a la ciudad en mulas. Cuando los traficantes del suelo lo deshuesaron en el año cuatro del nuevo siglo, molía cuarenta toneladas de harina diariamente, las veinticuatro horas continuas. Sin que la municipalidad lo impidiera, con el triturador también arruinaron el edificio patrimonial de la Harinera. Y con él, se fue al carajo la memoria de aquellos días de tantos de nosotros.

■
› Interior de un bar en Guayaquil. S. f.



› Cantina en Guayaquil. 1959.



Guadua, *Guadua angustifolia*
Familia Poaceae

Originaria de América tropical



Viernes 20 de septiembre de 2013, 1:15 p.m.

Del edificio Vásquez sale una joven mujer; con pasos tranquilos y una bolsa verde en las manos, se dirige adonde una señora que acaba de llegar a la plaza:

- Ay no amiga, se demoró ese colectivo, qué impresión.
- En cambio a la hora que yo vengo eso es una flecha.
- Una señora que venía ahí conmigo que es como loquita diciéndome dizque nos devolviéramos, y yo le dije "se devolverá usted hija, yo no".

Ríen.

- ¿Y qué más pues?
- Bien amiga, con un dolor de cabeza, me tuve que tomar un Dolex Forte y me recosté un ratito.
- ¿Y todavía lo tiene?
- No, ya se me está pasando, pero mirá como tengo los ojos.
- Rojos.
- Del dolor de cabeza.
- Mirá pues, ahí en el libro van. Le presta el libro a la tía que a ella le gusta mucho leer.
- A mí también, oiga, yo leo mucho.

A través de la translúcida bolsa se lee el título *La isla del tesoro*.

- Ve, ¿y dónde es que es el trabajo?
- En una floristería.
- ¿Pero haciendo qué?
- Yo no sé, ese señor me dijo que de todo, eso es en la tierra.
- Es un cultivo pues.
- Sí, yo creo, él le dice floristería pero sí es como usted dice.
- Muy bueno hija, ojalá le den el trabajito y se amañen con usted.
- Sara no hace sino llorar.
- ¿Por qué?
- Porque la abuela echa mucha cantaleta.
- Ah claro, como vos te vas le toca quedarse con ella.
- Sara dice que ella no la deja salir ni a la cera, y que sale y ahí mismo empieza "Sara, Saaraa, Saaaraaa" y a ella le da un desespero.

Risas.

- ¿Y cuándo viajás?
- Cindy me dice que me puedo quedar donde ella una o dos semanas, y que si a las dos semanas no me han llamado es porque no me van a dar nada.
- Póngale buena energía y verá, quién quita y termine viviendo en el campo, muy bueno.
- Ay sí, porque eavemaría, qué situación más dura. Ve a como me tiene la pensadera: toda gorda. A una amiga mía que es así troza como yo la pensadera la tiene toda flaquita, y a mí en cambio me enmarranó.



Inventario en pie

Por LUIS FERNANDO GONZÁLEZ

Los parques, plazas o plazuelas del Centro constituyen un patrimonio solo por el hecho de estar allí, mantenerse en el tiempo como espacios urbanos y tener continuidad histórica, pese a los cambios de nombre, las intervenciones y los diferentes momentos de su configuración. No es un mérito menor sobrevivir al permanente rehacer de una ciudad como Medellín y conservar su condición de lugares referenciales.

Estos espacios realmente no son muchos. Tampoco son extensos, y por eso su magnitud no es lo más destacable. No todos fueron pensados y reservados previamente; por eso mismo hay dos grupos, al menos entre los siete de los que hablaremos aquí: mientras los parques Berrío, San Ignacio, Bolívar y Boston se delimitaron previamente para luego ser enmarcados por la arquitectura que configuró sus fachadas, las plazas Nutibara, Botero y Cisneros fueron obra de la inserción posterior sobre la trama urbana ya definida por la demolición de lo previo y el uso de la arquitectura que quedó, e, incluso, de la creación de una topografía artificial.

El primer grupo tiene más historia, son los tradicionales y, por tanto, su trazado corresponde a la heredad de ciertos parámetros de las “leyes indianas”, que si bien no cumplieron a cabalidad lo prescrito, implantaron ese vacío cuadrado con gran poder simbólico presidido siempre por una iglesia. Por eso a cada uno de estos espacios lo domina un templo de mayor o menor jerarquía eclesiástica y valor arquitectónico. Entre estos está la plaza fundacional –la plaza mayor–, devenida en parque republicano en 1895, esto es, el Parque Berrío; una plazuela que a finales del siglo XVIII marcó la expansión al oriente de la limitada y adormilada villa, terminó de configurarse en la segunda década del siglo XIX con el nombre de San Francisco, y ahora se llama San Ignacio después de muchos años de llamarse José Félix de Restrepo; la de Villanueva, que a mediados del siglo XIX amplió la frontera urbana al norte, salvando la quebrada Santa Elena, pero que luego, entre 1888 y 1892, se redefinió como el primer “jardín público” o parque de la ciudad, aunque acentuando su iconografía independentista



en 1923 con la instalación de la estatua ecuestre de Simón Bolívar; un parque que esperó el desarrollo de un barrio –el de Boston–, primero tuvo el nombre y luego el prócer, aunque el segundo –Córdova– no se correspondió con el primero –Sucre–, y marcó la transición de la ciudad del siglo XIX al XX, constituyéndose en el primer parque de barrio, toda una novedad que para 1919 florecía pero apenas estaba en la infancia, como dijo Tomás Carrasquilla.

El segundo grupo es producto de la modernidad y da cuenta de aquella secularización incompleta de nuestra sociedad. Son espacios pensados en términos funcionales y estéticos, donde el poder simbólico es más político que religioso; por eso ninguna de sus fachadas tiene la impronta de la arquitectura religiosa, y en su lugar hay distintas formas de la arquitectura institucional y civil que quedó luego de las intervenciones, más otras que completaron la cirugía urbana. En este grupo está una plaza soñada por varios decenios sobre una gran curva de la quebrada Santa Elena, para quitar la fealdad –que fue demolida– y los malos olores –que fueron

cubiertos–, darle continuidad a la Avenida La Playa y tener un espacio que presidiera con dignidad la sede del gobierno departamental, como lo lograron en la década de 1940 con la construcción de la Plazuela Nutibara; al lado de la anterior, más de cincuenta años después, se demolieron los tres cuartos de manzana que rodeaban el palacio departamental, para hacer una plaza que enmarcara el antiguo palacio municipal convertido en Museo de Antioquia, renovar parte del decaído Centro de la ciudad e instalar un grupo de obras de Fernando Botero: la Plaza de las Esculturas, inaugurada en el año 2002; la tercera de estas plazas, la de las Luces o de Cisneros, es la más reciente, pues se inauguró en 2005 en el entorno histórico y decadente del barrio Guayaquil, sobre el lote de lo que por décadas fuera la plaza de mercado, también con ánimos de renovación urbana.

El Parque Berrío no podría serlo sin el prócer regional esculpido por el italiano Anderlini y entronizado en la inauguración a finales del siglo XIX; pero el tiempo de este espacio fundacional lo marca y extiende por más

siglos la iglesia de La Candelaria, pues su construcción y arquitectura es una sumatoria, desde el inicio de obras en 1768 hasta la culminación de las torres en 1888. Esto incluye los ocho primeros años, de 1768 a 1776, cuando se construyó el cuerpo principal; los trabajos de la fracasada cúpula de latón y madera, dirigidos por Enrique Haeusler entre 1850 y 1854, y, en los mismos años, el frontis trabajado por Antonio María Rodríguez; el desarrollo de la nueva cúpula de ladrillo por este último maestro entre 1857 y 1859 y la ejecución final de las torres entre 1886 y 1888 por Erasmo Rodríguez, hijo del anterior, quien también las diseñó. De ahí el barroquismo popular de la puerta lateral o del Perdón, y el neoclasicismo de la fachada frontal, pues fueron 120 años de suma de partes hasta configurar un todo arquitectónico que no tuvo, como se cree, quién lo concibiera en su totalidad. El tutelaje de La Candelaria se extiende incluso más atrás en el tiempo, en la medida que en el mismo lote que cedieron Cristóbal y Luis de Acevedo en el siglo XVII, donde está la actual iglesia, hubo al menos dos templos más, el primero de ellos reedificado una vez.

Pese al simbolismo y valor histórico de La Candelaria, el marco del Parque Berrío está definido por la arquitectura comercial y bancaria, con ejemplos del cambio del estilo tradicional al moderno que van de los edificios de poca altura a los llamados en su momento rascacielos; algo de esto puede observarse en el edificio Henry (diseño de Guillermo Herrera Carrizosa, 1929), los del Banco de Colombia (diseños de Federico Blodek, 1951), el de la Colombiana de Tabacos (Darco; Suárez, Ramírez y Arango; Fajardo, Vélez y Cía.; Álvaro Posada P., 1968), y el del Banco de la República (Álvaro Cárdenas, Francisco Baracaldo y Heriberto Castilla, 1974). Así, el ideal del “rascacielos” como señal de progreso urbano, con estéticas modernas y vanguardistas, se plasmó en estos edificios. En este marco, y contiguo a La Candelaria, está el antiguo Banco de la República (inaugurado en 1948, después pasó a ser La Bolsa de Medellín y hoy es un pasaje comercial), cuyos arquitectos –H. M. Rodríguez y Rodríguez Orgaz– no pretendieron competir sino relacionarse desde su lenguaje moderno con la antigua iglesia, en un diálogo respetuoso de escalas y contención estética.

La Plazuela San Ignacio está definida en su carácter y estética por el antiguo complejo franciscano –convento, iglesia y colegio–, que se construyó en tapia entre 1803 y 1816 pero fue intervenido para su “modernización” en las primeras décadas del siglo XX: primero el Paraninfo de la Universidad de Antioquia, entre 1913 y 1915, por Horacio Marino Rodríguez;



luego la iglesia de San Ignacio, entre 1922 y 1926, por Félix Mejía Arango y Agustín Goovaerts; y, posteriormente, el Colegio San Ignacio, con el aporte del mismo Rodríguez entre 1917 y 1920, y la terminación de Goovaerts, que le imprimió ese aire *gotizante* a su interior, entre 1921 y 1925. La fachada oriental de esta plaza es un severo conjunto arquitectónico de formas historicistas en portadas, columnas jónicas, frontones triangulares, arcos rebajados, frisos con cornisas continuas, remates en balaustres, etc.; en medio de él está la iglesia, donde los arquitectos mantuvieron la portada de piedra original y desplegaron el resto de la fachada de acuerdo a sus características estéticas y con cierto sabor barroco. Este conjunto restaurado, junto con la Escuela de Derecho, es una de las pocas realidades patrimoniales de la ciudad.

Por su parte, el Parque Bolívar está determinado de manera apabullante por la voluminosa Catedral de Villanueva, aquella que le dio vida a un moribundo proyecto iniciado en la década de 1850 bajo el nombre de “Nueva Londres” pero que terminó como barrio Villanueva. La Catedral fue diseñada por el arquitecto francés Charles Carré, construida en parte por él mismo entre 1890 y 1894, y luego dirigida por los maestros Heliodoro Ochoa y Salvador Ortiz, el sacerdote Lucas Vásquez y el arquitecto y también sacerdote Giovanni Buscaglione, quien la terminó y le dio la decoración final para su inauguración en 1931. Más allá de la impronta neorrománica, esta obra destaca por el juicioso y hermoso trabajo del ladrillo, hechura de maestros y artesanos aparejadores como Benigno Morales, quien también trabajó en el fallido proyecto del italiano Felipe Crosti en la década de 1870, e inició obras con Carré y puso el último ladrillo con Buscaglione. Esta catedral, el mayor bien patrimonial de la ciudad, no solo es un símbolo religioso sino también una muestra de la destreza y la técnica de muchos maestros locales que murieron en el anonimato.

La monumentalidad del Parque Bolívar está tanto en la catedral como en la estatua del Libertador, pero su valor histórico y arquitectónico se reparte entre antiguas casas de familias tradicionales que hace mucho tiempo las abandonaron y ahora son ocupadas por locales comerciales u oficinas bancarias, como la de Pastor Restrepo (esquina suroccidental, calle Caracas con Venezuela), la de la familia Echavarría (esquina nororiental, calle Bolivia con Ecuador) o la de la señora Lucía Echavarría (calle Caracas al extremo de la carrera Ecuador). La de Pastor Restrepo es la más antigua, la diseñó don Juan Lalinde y para 1872 ya estaba terminada; marcó la irrupción de un historicismo que se impuso al uso de materiales tradicionales,



como se evidencia todavía en balcones y ventanas y en el remate de la cubierta con sus lucarnas. La de la familia Echavarría, de la década de 1920, con su patio octogonal interior y su forma ecléctica externa (torreón incluido), es una muestra de los modernismos arquitectónicos de corte europeizante en la arquitectura residencial de aquellos años. Y la casa de la señora Lucía Echavarría, hoy sede bancaria al igual que la anterior, fue una obra diseñada por el arquitecto Carlos Arturo Longas en la que introdujo a ese modernismo conceptos americanos, como se evidencia en su fachada y en el interior mismo. Las nuevas tipologías residenciales, como el Edificio Santa Clara (1944) o el edificio de rentas Echavarría Misas (1955), también dan cuenta de los cambios en la vivienda, las formas constructivas y las características arquitectónicas, por lo que son, como las casas, referentes históricos del Centro antes de que perdiera buena parte de su condición habitacional.

Otro hito arquitectónico del Parque Bolívar es el Teatro Lido. La obra de los arquitectos Vieira, Vásquez y Dothée, inaugurada en 1949, no solo destaca por su estética moderna de corte expresionista, sino también por ser, junto al Pablo Tobón Uribe, de los pocos teatros significativos que quedaron en el Centro después del cierre de muchos de ellos y de su conversión en centros comerciales y de culto.

Más modesto que el del Parque Bolívar es el marco histórico arquitectónico del de Boston. Desde que se delimitó en 1888, y durante casi tres décadas, este fue un espacio con pocas casas a su alrededor, pero se desarrolló tras la construcción de la

iglesia inaugurada en 1919 como parte de las celebraciones del Congreso Mariano, un fasto religioso que dejó una gran impronta en la ciudad. El ejemplo histórico más destacado es el templo de Boston, que algunos consideraron insignificante pero otros como Carrasquilla describieron como medio romano, medio fastuoso, pero “bien lindo”. Hasta bien entrada la década de 1920 la arquitectura residencial del Parque de Boston mantuvo su carácter tradicional, de casas de tapias encaladas, ventanas con rejas de madera torneadas, portadas también de madera y cubiertas de tejas de barro, con patios interiores alrededor de los cuales estaban sus estancias. Pero al igual que buena parte de la vieja ciudad, los propietarios acogieron de buena gana la modernización arquitectónica, ya fuera solo de sus fachadas o de la totalidad de sus casas. Para ello acudieron a los arquitectos y decoradores en boga, como se puede ver en el conjunto de fachadas del costado sur que aún sobreviven a la acción del mercado inmobiliario, el cual ha levantado torres donde había casas solariegas. Es una arquitectura residencial más modesta que la del Parque Bolívar, pero no por eso carente de detalles ornamentales historicistas.

El marco patrimonial del conjunto que ahora forman las plazas Nutibara y Botero se caracteriza por el predominio de los “viejos” edificios institucionales –antiguo palacio departamental, antiguo palacio municipal y la sede de las Empresas Públicas de Medellín–, dos de ellos adaptados para el uso cultural. El antiguo palacio departamental, apenas un cuarto del proyecto planteado por el arquitecto belga Agustín Goovaerts, desde el inicio de obras en 1925 fue blanco de enconadas críticas y causó polémica por la monumentalidad, los costos y la propuesta estética. Fue señalado de ser un ejemplo equivocado en tierras tropicales, por su color grisáceo, su penumbra en medio del sol ecuatorial, su arquitectura que parecía más religiosa que institucional –lo llamaban “la catedral”–, y sus formas góticas flamencas en una época en la que se reclamaba una arquitectura más “nacional”.

La contraparte del palacio departamental es el antiguo palacio municipal, en la medida que el segundo fue una respuesta política y estética al primero. Tachado el departamental de responder a una concepción “conservadurista”, el municipal representó las ideas liberales de los promotores, los arquitectos, el jurado del concurso fallado en 1931 y el diseñador Martín Rodríguez, quienes propugnaban por una arquitectura que respondiera más a las realidades del medio, lo que se refleja en este edificio inaugurado en 1937, que incorpora un lenguaje contemporáneo –el art déco–, pero acompañado por una materialidad –el ladrillo– que da cuenta de las tradiciones constructivas locales, y por formas espaciales interiores y amplios patios que aluden a la historia regional, al igual que la decoración de las puertas.

La arquitectura patrimonial de los alrededores de las plazas Nutibara y Botero tiene otro ejemplo institucional importante pero no tan resaltado, en la medida que no fue pensado ni construido con el simbolismo de los

palacios de gobierno, aunque también era llamado “palacio de las Empresas Públicas Municipales”: el edificio Miguel de Aguinaga, inaugurado en 1957 y diseñado por Augusto González de la empresa Suárez, Ramírez y Arango Ltda. Por ese “dejo aristocratizante” de nuestra clase dirigente, a las sedes administrativas del país se les denominó durante muchos años como palacios, a lo que no fue ajeno este edificio que se destacó, en la esquina irregular de la carrera Carabobo con la calle Tejelo, por la propuesta arquitectónica funcionalista en boga, que seguía los dictados de los congresos internacionales de arquitectura moderna y de su gran maestro, el arquitecto Le Corbusier; de ahí que entre sus elementos se destaquen el volumen prismático, limpio, ajeno a decoraciones (en contraste con los palacios cercanos), las franjas horizontales de las ventanas y el control solar del poniente mediante los famosos *brise-soleil*.

Por su parte, la arquitectura comercial patrimonial de la Plazuela Nutibara partió de la forma de la misma plaza, que a su vez estaba determinada por la gran curva de la quebrada sepultada. Los múltiples proyectos presentados para la plaza plantearon edificios curvos. En buena medida eso fue lo que hicieron los arquitectos del Edificio Naviera –ahora Edificio Antioquia– o del Álvarez Santamaría –el Portacomidas–. El edificio Álvarez Santamaría, diseñado por Luis Olarte Restrepo y Juan J. Berdugo (1944), fue un novedoso ejemplo de líneas curvas, airoso, moderno y expresivo para salvar la sinuosidad del lote, mientras que el Naviera, diseñado por la oficina de arquitectura Vieira, Vásquez y Dothée (1949), fue llevado a la máxima expresividad con la metáfora de una popa de barco en la esquina de la carrera Palacé con la Avenida Primero de Mayo para hacer honor a la empresa promotora. Por su parte, el Hotel Nutibara, que estaba contemplado en el mismo proyecto, en un principio tuvo una propuesta vanguardista también con formas curvas, pero luego los inversionistas acogieron otra más convencional y menos riesgosa dentro de los parámetros estéticos de la élite: el Art Nouveau muy californiano que les propuso el arquitecto norteamericano Paul Williams hacia 1943.

Contiguos a la Plaza Botero, siguiendo el paseo Carabobo hacia la iglesia de La Veracruz, también hay tres ejemplos representativos de arquitectura comercial: el Gutenberg (1940), la Compañía Colombiana de Seguros (1944) y el San Luis, sede de la General Electric (1954). Cada uno de ellos representa un momento constructivo y por tanto histórico: en el Gutenberg, diseñado por H. M. Rodríguez, el de la nueva arquitectura de ladrillo protorracionalista; en el Edificio Colseguros, diseñado por I. Vieira J. y F. Vásquez U., el de la arquitectura moderna con tintes expresionistas, líneas verticales que resaltaban su estructura y enmarcaban grupos de vanos cuadrados, y piso noble con pérgola; y en el San Luis, el de las ideas racionalistas, de fachadas lisas, sin decoración, pero todavía con el gesto del piso noble que después desaparecería de la arquitectura urbana.

Muy diferente es el caso de la Plaza de Cisneros, pues este espacio se configuró hace pocos años –entre 2001 y 2005–, con una idea

contemporánea en un entorno de mucha sensibilidad histórica. El nombre inicial de Plaza de la Luz fue cambiado por el de Cisneros, un lugar desaparecido con el ensanche de la avenida San Juan; adicional a ello, está construida sobre el lugar que ocupara la antigua plaza de mercado de Guayaquil, incendiada, demolida y abandonada entre 1968 y 2000. En su marco inmediato preexistían los edificios Vásquez y Carré, en el costado oriental; la esquina del Almacén La Campana y el conjunto de antiguos locales y viviendas en la parte nororiental; el Pasaje Sucre, demolido para darle paso a la biblioteca de Empresas Públicas de Medellín, en la parte occidental. En el costado sur, por su parte, limita con San Juan, al otro lado de la cual están la emblemática estación del Ferrocarril de Antioquia y el Centro Administrativo La Alpujarra.

Sobreviven, pues, tres grandes referentes patrimoniales con gran valor histórico. Los conocidos como “edificios mellizos” fueron de los primeros de renta comercial en la ciudad, promovidos por el empresario Eduardo Vásquez Jaramillo, con el diseño y construcción de Charles Carré entre 1893 y 1894, y a partir de 1916 fueron conocidos como Vásquez y Carré para homenajear al promotor y al arquitecto de los mismos. La estación central, o Guayaquil, como también se conoció, fue diseñada por Enrique Olarte y construida entre 1907 y 1917, por lo que, contrario a lo que se cree, cuando llegó el primer tren a la ciudad en 1914 no estaba terminada. (Esta delimitación temporal solo hace referencia al cuerpo central, pues el conjunto, incluidas las bodegas y otros cuerpos, fueron añadidos en un proceso que se extendió hasta 1937).

El valor de este patrimonio aumentó cuando fueron restaurados y reincorporados al uso urbano luego de años de abandono, lo que testimonia su valor constructivo y arquitectónico. Entre 1984 y 1994 la Fundación Ferrocarril de Antioquia

recuperó el edificio de la estación; después, entre 2002 y 2004, la empresa Concypa intervino el Carré; y, por último, L. Forero y Cía. restauró, en febrero de 2006, el Vásquez. El resultado es un enorme contraste entre la fachada oriental de la plaza, intervenida desde la restauración y el respeto al patrimonio, y la occidental, concebida desde la renovación y la recuperación.

Buena parte del patrimonio arquitectónico de la ciudad se concentra en estos siete significativos espacios del Centro, donde coexisten tiempos arquitectónicos diversos. En ningún otro lugar se puede ahondar en lo temporal siguiendo las huellas materiales, técnicas, constructivas y estéticas. Estos son atributos suficientes para valorar este paisaje urbano, pues cuenta más de 300 años de historia. Las fachadas son una suma de formas, referentes de búsquedas estéticas mediante las cuales las sociedades plasmaron en diversos momentos sus deseos, sueños e ideales. Pero no es un conjunto homogéneo, sino una yuxtaposición forzada; de ahí sus ambigüedades, contradicciones y aun absurdos contrastes, consecuencia de las acciones demoledoras-constructoras que no se preocupan por la armonía del conjunto urbano.

■







Parqueaderos de palomas

Por JOSE GABRIEL BAENA

Don Óscar Bustamante lleva 32 años cuidando y sanando las palomas del Centro, en los parques y plazuelas Bolívar, Berrío, Botero, La Veracruz y Nutibara, y también las que le llegan de La Alpujarra, la Minorista, Boston, Prado y San Ignacio.

Para alimentar a sus aves don Óscar recibe cada mes seis bultos de maíz que le obsequia el municipio. Le duran dieciocho días exactos, y los siguientes doce tiene que levantarse él mismo la plata para sufragar otros cuatro bulticos; cada uno vale 45 mil pesos. La mayor parte del dinero se lo donan gentes que lo conocen, amantes de las aves, y el resto viene de los escasos ingresos que percibe a diario en su chaza de cigarrillos y confites, ubicada en la esquina suroccidental del Parque Bolívar, junto a la caseta metálica atornillada al piso donde tiene su guardería de palomas enfermas, entre ellas unas negras extrañamente afectadas de la visión que han perdido uno o los dos ojos.

Los bultos de maíz los guarda con sigilo en el subsuelo, protegidos por una reja con candado, al pie de la pileta siempre seca de la iglesia de La Veracruz. Don Óscar vive en una pieza en la calle “Ecuador arriba”, empezando Prado, por la que debe pagar siete mil pesos diarios. “Muy duro conseguirme esa cantidad a punta de cigarrillos y chicles”. Claro que no faltan colombófilos generosos que viven en los alrededores del parque, habitantes del Centro de toda la vida, y le ayudan con su bendita cruz. La tarde de esta entrevista se arrimó un extraño personaje, vestido con un impecable traje de lino blanco, de edad indefinible, quien saludó con efusividad a don Óscar y luego al cronista: “me llamo don Juan Cadavid, ese es mi segundo nombre. Yo fui abogado en otra vida, vivo aquí cerca, y todos los días en mi caminadita de prescripción saludo a Óscar y trato de ajustarle el jornal”. Óscar añadió: “puede hablar con toda confianza con este lord inglés, a ver si le completa el cuadro”. Sir don Juan Cadavid me llamó después a corroborar si yo era el que era, pero ya demasiado tarde para incluir su cuento en estas notas veloces.

Todos los días del año sin falta, a las cuatro y media de la mañana, don Óscar llega a La Veracruz, saca el maíz para el día, les arroja puñados a las palomas de la iglesia y luego distribuye el resto de los granos en la Plaza Botero, el Parque Berrío y la Plazuela Nutibara, y se va para su puesto en el parque de la Basílica. “Siempre que llego a mis parques y abro el taledado de maíz las palomas como que lo huelen a mucha distancia y vienen volando en bandada; me reconocen, me quieren mucho”. Y en diciendo estas palabras saca de su casetita varias bolsitas de maíz, arroja un puñado y llegan ellas, de todos los colores, marrones, grises, negriblancas, negriprofundas, y en un instante estamos rodeados de centenares de palomas llegadas desde ninguna parte o desde el cielo en un espectáculo inolvidable para el cronista.

“Cómo le parece que una vez vino un palomo al que no le gustaba el maíz, ni el arroz quebrado, ni el sorgo. Parecía cada día más débil hasta que se me ocurrió darle pedacitos de un buñuelo que me estaba comiendo y ahí fue la cosa. Duró varios meses el palomo comiendo

buñuelo y todo el mundo lo conocía, hasta que llegó un tipo y me dijo: ‘usted con ese palomo tan gordo y tan inútil, y pensar que yo me lo voy a robar’. Y se lo robó ese malevo al otro día, nunca más volví a ver a mi palomo, uno de los dolores grandes que he tenido. Cuando empecé con esto vivía con mi hermano Gilberto en una casa grande en Prado. Él tenía setenta palomas, y yo me encariñé con ellas, me volví... ¿Cómo se dice? ¿Colombofílico? ¡Qué palabra tan difícil! Hace como unos quince años le diagnosticaron a Gilberto un cáncer, le dijeron que tenía tres meses de vida. Nos angustiábamos muchísimo los dos. En su lecho de enfermo se quejaba: ‘yo no me puedo ir de este mundo dejando a mis palomas vivas y solas, ojalá Dios permitiera que me las llevara conmigo’. Yo le decía que no le diera miedo, que yo se las cuidaba, pero él seguía empeñado en llevarse a sus palomas para el cielo. Desde el momento en que él dijo eso ellas se empezaron a morir también, dos o tres cada día, sin presentar síntomas de mala salud. En mes y medio se murieron todas menos tres, Gilberto ya estaba inconsciente, y cuando se fue pa’l cielo, al otro día se fueron ellas también. Muy misteriosos los caminos de Dios, como dicen en la misa de la Catedral. Eso me dio fuerza para el resto de la vida, pienso”.

Y a propósito de cómo las palomas de los parques suelen padecer cada cierto tiempo las furias de sociópatas que les envenenan el maíz y matan centenares, don Óscar cuenta: “hace como unos diez años alguien que odiaba las palomas, seguro por considerarlas ‘ratas del aire’, eso tan feo y que no es verdad, bueno, uno de esos maníacos envenenó en un día a las palomas de la Plazuela San Ignacio, y también a las mías, tirándoles maíz en este parque, al otro extremo, junto a la fuente de la Catedral. Yo apenas las vi tambaliándose llamé al municipio; mandaron veterinario, dijo que no había nada que hacer sino barrer todo ese maíz envenenado y esperar a ver cuántas palomas quedaban, dizque pobrecitas. También vinieron estudiantes de zoología y de veterinaria de dos universidades, se llevaron algunos cuerpecitos, pero luego me dijeron que no sabían las causas y que yo sabía más que ellos, que les podía dar clases, porque yo les conté qué hacía con las palomas cuando se enfermaban, que les daba ampicilina en pastillitas y otras píldoras terminadas en ‘lina’ que vienen de la penicilina, según me han dicho; esas medicinas me las regalan o me las venden baratas aquí en las farmacias vecinas. Y como usted puede ver, vienen aquí palomas de todos los colores, de las llamadas abuelitas y torcazas que son las que más abundan, y muy escasamente las blancas puras, creo que ya hay muy poquitas en Medellín, ¡parece ser cierto que se las roban los satánicos metaleros para hacer exorcismos! Tampoco habitan por aquí ya las palomas rumanas, las gigantes, ni las abanicos ni las capuchinas ni las buchonas que parecen señoras platudas sacando pecho desde las patas hasta el pico, se fueron del todo. Y cómo le parece la que me pasó una vez: en estos edificios del parque viven señoras dizque muy educadas y aristocráticas, pero no sé por qué odian de muerte a las palomas, será porque de pronto les cae una caquita en sus balcones, y vienen a insultarme porque alimento y cuido ‘a esas hijueputas’. Y una vez una de las señoras vino a insultarme, venía con un bastón de hierro, y cuando me agaché para recoger algo me pegó durísimo con esa cosa en la cabeza; me desmayé, me desperté bañado en sangre, me llevaron a un dispensario a que me cosieran. La policía del parque me dijo que no había pruebas contra la señora y yo no presenté denuncia. Ella nunca se volvió a aparecer, siquiera, gracias a Dios. A los tres meses supe que se había muerto, seguro fue de remordimiento. Otra plaga son los gamines que llegan con unas bolsas grandes donde hay unos cuantos maíces, las abren allá



junto a la fuente, llega una paloma y se mete en la bolsa y ahí mismo la cierran y salen corriendo hacia la Minorista, donde las venden en los restaurantes a mil pesos cada una para que hagan caldo pa los clientes. Una cosa tan horrible. Yo les digo a los que vienen a insultarme diciéndome que ‘esas hijuetantas son ratas del aire’ que entonces ellos ni siquiera son humanos sino ratas sin alas, y con eso se van fríos... Y la mayor satisfacción de mi vida, contra todos los malos tiempos, es recordar que he cuidado y sanado a miles de palomas en invierno y en verano, en Navidad y Semana Santa, domingos y festivos durante estos 32 años. Esto no es un *jobi* sino una vocación como la de los apóstoles de Cristo: puro amor y dedicación sin descanso, hasta que Dios me lleve”.

Estamos a finales de agosto, los días no se definen ni por el sol ni por la lluvia, y don Óscar apunta: “cuando llega el invierno duro me toca preocuparme porque ese clima las enferma mucho, no tienen buenos refugios; las palomas del Parque Berrío y Bolívar, por ejemplo, están podridas, tienen más de veinte años, se necesita con urgencia que alguna empresa o el municipio donen nuevas”. Según él, los virus que más afectan a las palomas en invierno son las “búas” –bubas–, la fiebre seca, “la llorona” y el “biche”, que les afectan los ojos, el gástrico, las vías respiratorias, y el estómago, por la ingestión de pelos, plumones, hilos, lanas... Pero el peor virus son los humanos: “imagínese que en Bucaramanga y otras partes del país, dicen, todavía se practica el infame deporte del tiro al pichón con escopetas de balines: sueltan bandadas de palomas y las asesinan a disparos. No sé por qué el gobierno permite estas cosas que degradan a las personas como si fueran nativos de la selva”.

Al preguntarle si en sus 33 años de apostolado ha adquirido alguna de las enfermedades que dicen que transmiten las palomas, don Óscar es tajante: “¡Nunca! Esa cosa de las enfermedades contagiosas de las palomas es una mentira muy grande, no crea en eso”. Pero dicen los informes antipalomas que generan problemas de salud pública, pues pueden transmitir enfermedades a personas y animales domésticos por medio de sus heces, plumas y patas; por ejemplo, al hacer su nido o ingerir alimentos en la basura se les adhieren muchos microorganismos, y el excremento que dejan en pisos y paredes atrae a plagas como ratas, pulgas y piojos. Entre las principales enfermedades que transmite esta ave están la histoplasmosis, la ornitosis, la salmonelosis, la criptococosis y la gastroenteritis. Si así fuera, sería un riesgo para la vida ir a algún parque medellinita sin guantes, casco y máscara antigases.

Para esta crónica el autor recorrió en orden y desorden los seis parques citados. Lo más impresionante fue ver la enorme bandada de palomas, amas de la Plazuela Nutibara, que viven en el inmenso parqueadero del extinto Club Unión, una mole de rojos ladrillos y columnatas. En ocasiones, cuando ven que llegan turistas para hacerles fotos y videos, se abalanzan sobre el exiguo prado de la plazuela en finísimas danzas aéreas, súbitas elevaciones, clavados en barrena, figuras helicoidales, círculos, óvalos. Tan sabias ellas, tan inteligentes. Dicen que las palomas de Berrío debieron unirse a estas porque en la iglesia de La Candelaria, tan limpia, tan blanca, tan impoluta y recién remozada, pusieron obstáculos a todo lo largo y ancho de la fachada, en los resaltos y en los bordes de los techos, molduras de aluminio para que las aves no puedan posarse. Ya solo aparecen allí cuando don Óscar o alguien más les arroja maíz. Y pienso yo que se alejan del público porque la contaminación sonora del parque es insoportable para ellas, y no solo para los humanos inermes que nos atrevemos a pasar por allí en cualquier momento del día, apretándonos



los calzones: es común ver a diario en Berrío –dice un vendedor de jugos de la pasión– un asalto de un raponero que luego huye como alma que lleva el diablo por la calle curva del edificio Portacomidas... Y en efecto vimos a uno de estos en acción, que conste.

Avanzando hacia la explanada de Botero, frente al Museo de Antioquia, apreciamos que los objetos de bronce se conservan perfectamente limpios sobre sus pedestales, quizá porque las palomas traviesas saben que no son esculturas sino eso, objetos hiperdimensionados a partir de los moldes en plastilina que tiene Botero en su taller italiano. Son pocas las aves posadas al ardiente mediodía en los escasos árboles del lugar. Se hacen notar las grandes palomas plásticas voladoras que un diestro vendedor echa al aire mediante un diminuto artefacto de caucho; al recogerlas, vemos que no son palomas sino una astuta clonación de dragones chinos, faisanes, halcones y perdices, bien coloridas, que encantan a gentes de esta villa y a extranjeros de paso...

Pero las más inteligentes son las palomas de la Plazuela San Ignacio: les gusta “hacer sus cosas” sobre la cabeza y hombros de la estatua de Francisco de Paula Santander, el antagonista de Bolívar, mientras que los bustos de otros dos personajes ya desconocidos permanecen impecables. Aventuremos sin pudor que son palomas antisantanderistas, contrarias a

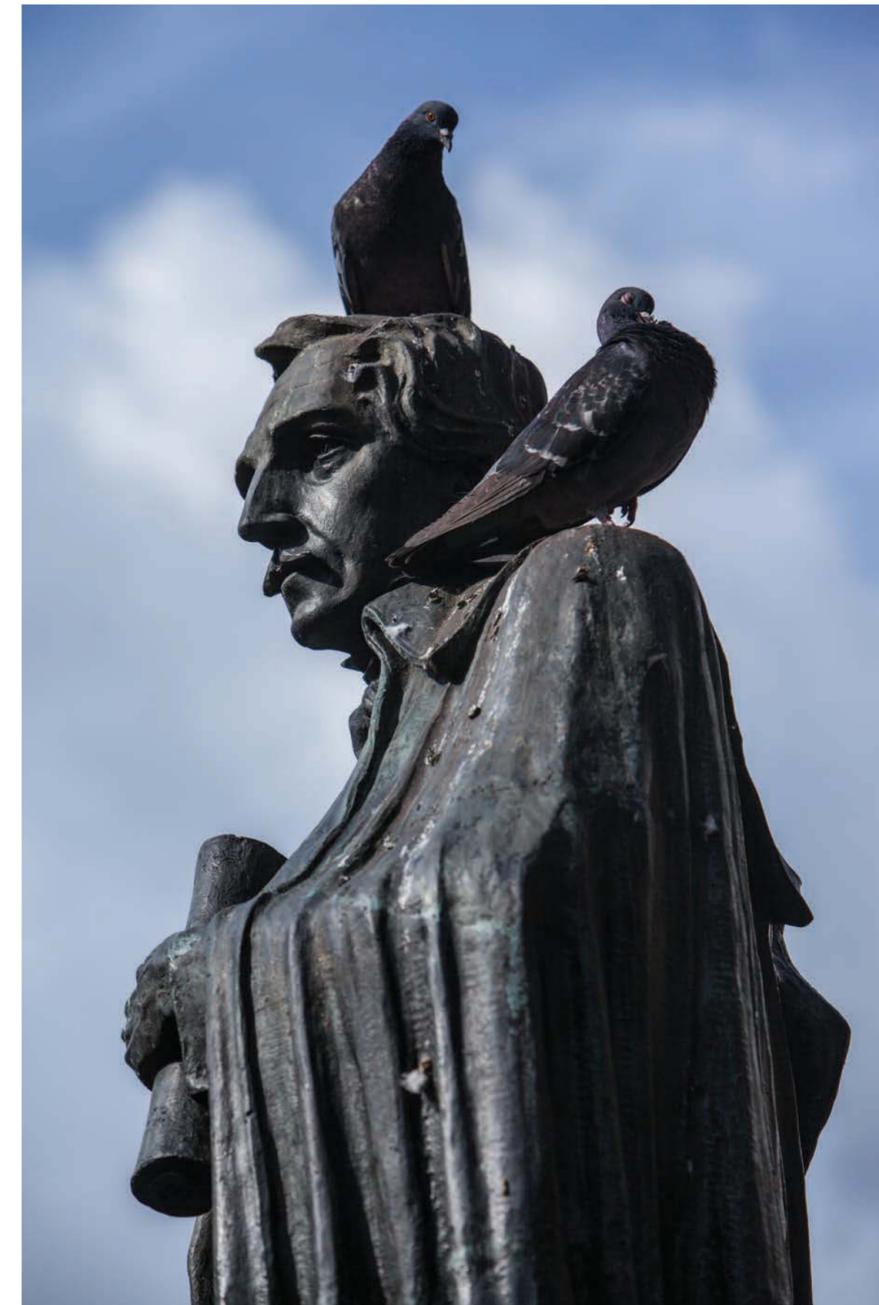
las ideas del tristemente célebre “Hombre de las Leyes”, uno de los muchos neogranadinos que traicionaron a Bolívar cuando pretendió hacer de la naciente República un nuevo imperio, una dictadura férrea para este país de pícaros y bandidos (en esa época lejana, digo, no más...). Parece que las aves ignacianas hubieran leído las obras del filósofo de Envigado, Fernando González, bolivariano por excelencia. “Eso demuestra que las palomas son muy inteligentes y que tienen alma”, afirma don Óscar.

Otras palomas muy bien educadas y atentas son las del Parque de Boston, donde está la magnífica y detallada estatua de José María Córdova, obra del escultor Marco Tobón Mejía. Esta escultura permanece limpia como el alma del joven prócer, que también se atrevió a desafiar al pseudoemperador Bolívar en 1829, cuya rebelión culminó en infame asesinato en El Santuario. Este parque, aunque pequeño, aún conserva el carácter de un verdadero parque de barrio a la manera europea, donde los chicos, grandes y jubilados pueden ir a sentarse en sus bancas preferidas, las jóvenes madres a calentar a sus bebés y darles el juguito de zanahoria bajo el tibio sol de las nueve de la mañana, y las señoras a cruzar chismes después del algo a las cuatro: un sano espacio comunitario. Las palomas tienen allí una fuente que funciona de verdad, resguardada con rejas eso sí, donde se bañan con sus pichoncitos.

Nota bene

Por el final de esta crónica debo confesar un tris de asombro ante los círculos que nos pone a dar la vida, aunque la palabra asombro hace mucho se borró de mi diccionario. Mi relación con las palomas ha sido muy escasa y saltarina, y se remonta a mediados de los años sesenta, cuando mi hermano menor (de diez años) se obsesionó por tener un grupito de mensajeras, para lo cual construyó improvisadas casitas en el zarzo del solar de la casa grande. Las manejaba con dedicación, y durante un par de años los mayores apoyamos y cultivamos su afición, llevándolas a barrios lejanos para que regresaran, subiendo con ellas a lo alto de las colinas del barrio San Javier; hasta que llegó el desastre: no supimos de dónde llegó a la cuadra una manada de feroces gatos callejeros que se instaló en los techos. Solo salían de noche y hasta la madrugada, para maullar lunáticos y combatir a muerte por la mirada y el sexo de la gata más provocadora, como en los viles tangos. Cierta vez, después de una feroz riña, apareció un felino muerto sobre uno de los tejaditos de Eternit del gallinero de mi mamá, y entonces anticipamos lo peor: si se mataban entre sí esos gatos, qué sería de las palomas. No hubo tiempo de hacer nada: a pesar de haber resguardado las casitas de las aves con anjeos, tres días después aquellos tigres enanos y hambrientos las invadieron e hicieron de las suyas: una mortandad. Nunca más hubo palomas en mi casa. Años después, cuando los largos y muy violentos paros universitarios del 71 al 73, mientras yo estudiaba la carrera equivocada, me volví asiduo visitante del Parque Bolívar: desocupado en casa, leyendo mucho, oyendo música clásica y cantidades del rock de la época en centenares de LP, me iba tres o cuatro veces por semana, al atardecer, a sentarme en las escaleras de la Catedral, donde me fumaba un par de cigarrillos de cincuenta centavos, esperando quizá la iluminación budista o la aniquilación bajada del cielo en forma de ovis o naranjas mecánicas, con mi mochila de cabuya pintada. Las palomas me reconocieron desde el principio como un santo dadaísta peludo, muy peludo, *hippie* ya anacrónico, y se paseaban coquetas esperando las migajas de un pastel de “las Palacio”, que quedaba entonces en la esquina de Barbacoas con Bolivia. Esto –círculo existencial hindú– me conecta de algún modo con don Óscar Bustamante y su palomo buñuelista. En medio de esas palomas con las que hablaba en silencio se gestó mi vocación de escritor, disparada por la lectura de los *Monólogos de Noé* de Eduardo Escobar y las revistas *Nadaísmo 70* que por entonces cayeron en mis manos, que por poco trastabilla cuando después, ya en la facultad de filosofía, me golpeó en la nuca don Immanuel Kant con su implacable cayado de la razón pura. Entonces huí de las academias, volando como paloma montaraz sin parar nunca, hasta posarme en estas páginas. ¿Tendréis un puñado de maíz para mi panza? ¿Una clara fuente donde refrescar mis cansadas patitas?

■



La paloma torcaz

José Eustasio Rivera (1888-1928)

Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre,
picoteando arrayanes y pepitas de agraz.

Arrurrúuu... canta viendo la primera vislumbre;
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz.

Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjado el plumaje como leve capuz,
al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... y se apaga la luz.

